



Fragmento de una estela de la XI dinastía en que aparece un funcionario con presentes de manjares y su mujer oliendo una flor de loto (Museo Egipcio, Turín).

Expansión de Egipto

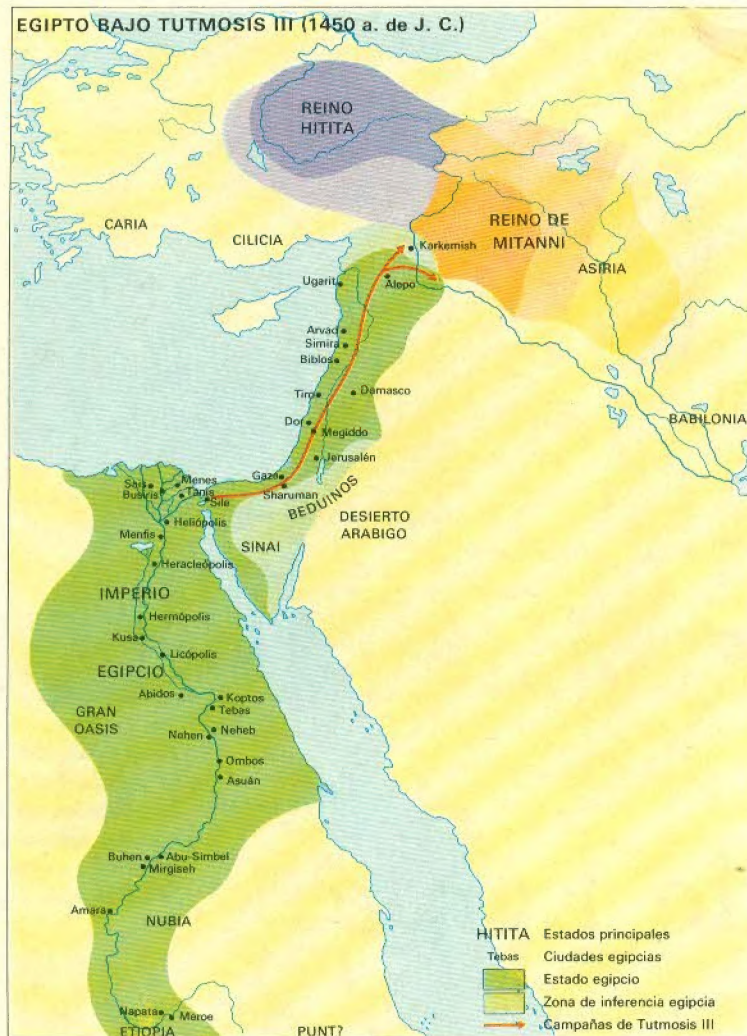
Los faraones de las primeras dinastías no parece que tuvieran ambición de dominar más allá del valle del Nilo. Tenemos recuerdo de expediciones de la IV y V dinastías al país del Punt —el país de los dioses—, de donde probablemente procedían algunos de los pobladores de Egipto, pero la empresa se reducía a un simple viaje para procurarse especias y perfumes. El viaje empezaba subiendo el Nilo hasta Coptos y desde allí se cruzaba el desierto hasta la costa; el puerto de Koseir, en el mar Rojo, era el lugar de concentración de buques, gentes y provisiones y la navegación se hacía costearo Abisinia. Punt parece haber sido la actual Uganda.

Otro esfuerzo exterior de los faraones de las primeras dinastías ya hemos dicho que fue mantener su supremacía en Nubia y la península del Sinaí. Nubia, continuación del valle del Nilo hasta el Sudán, es un país seco, sin oasis, pero rico en oro, y por esto los faraones pusieron siempre gran empeño en mantenerlo libre de otras influencias. Sin establecer allí colonias permanentes, los primeros faraones tenían en Nubia pequeños fuertes —como las factorías en América— para canjear el oro de los trogloditas nubios por objetos vistosos de poco valor. Más tar-

de les impusieron contribuciones anuales y así obtuvieron el oro que les sirvió después para influir en la política de Asia.

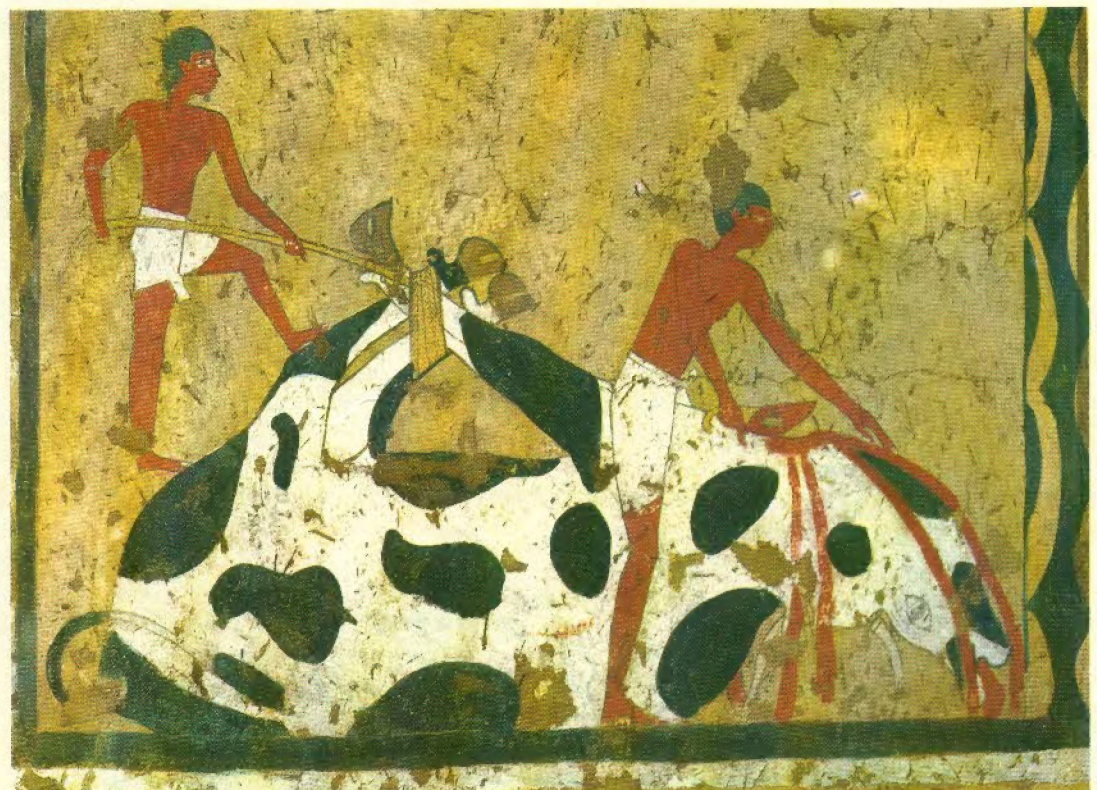
Desde los primeros días del Egipto unificado, los faraones trataron de explotar la península del Sinaí. Allí había cobre y turquesas, y las inscripciones del valle de Uadi-Magara, donde estaban las mejores minas, forman una ilustración cronológica de la metalurgia primitiva de Egipto. Hay ya relieves de la I dinastía con la figura de un rey de tamaño mayor que el natural que aplasta a un beduino con su maza. Hay también otros de la III dinastía, y uno de Keops, de la IV, el constructor de la gran pirámide. Pero los egipcios tampoco mantuvieron guarniciones permanentes en el Sinaí; cuando un faraón necesitaba cobre, organizaba una expedición, cuyo mando confiaba a un alto funcionario. Una de ellas llevaba para la carga unos 500 asnos; en otra expedición del tiempo de Ramsés IV tomaron parte 8.000 hombres, mandados por capataces que eran “los ojos y oídos” del faraón.

Hoy conocemos bien por qué y cómo los faraones se lanzaron a la conquista de Asia. Persiguiendo más allá del istmo a los hicsos o pastores, se les despertó la sed de dominio de las naciones vecinas. Pero no anticipemos

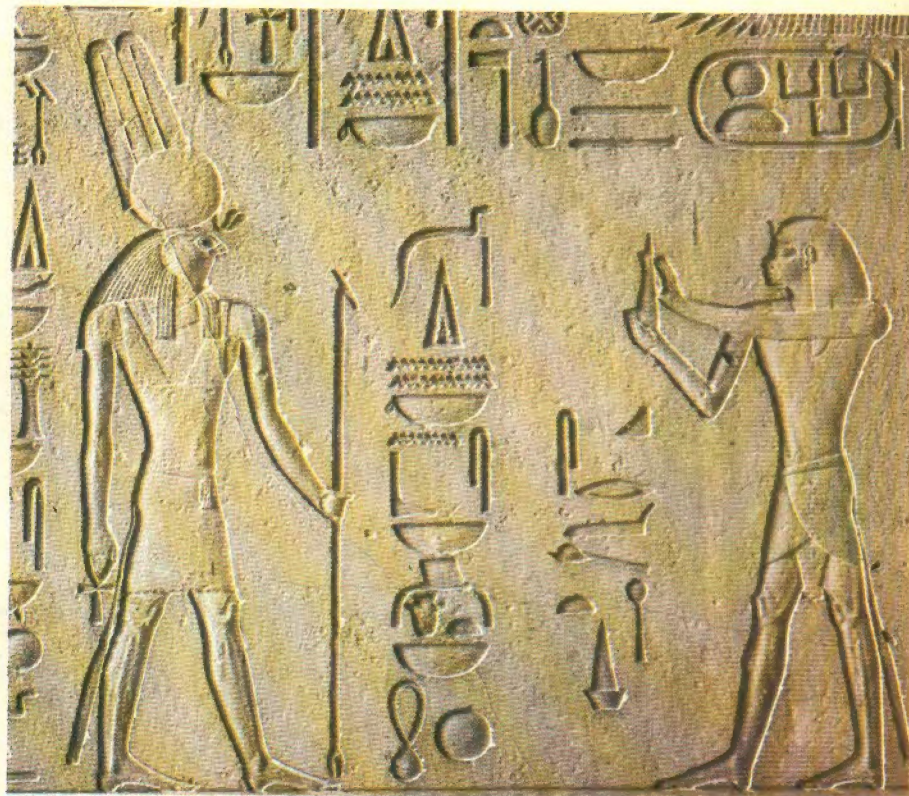
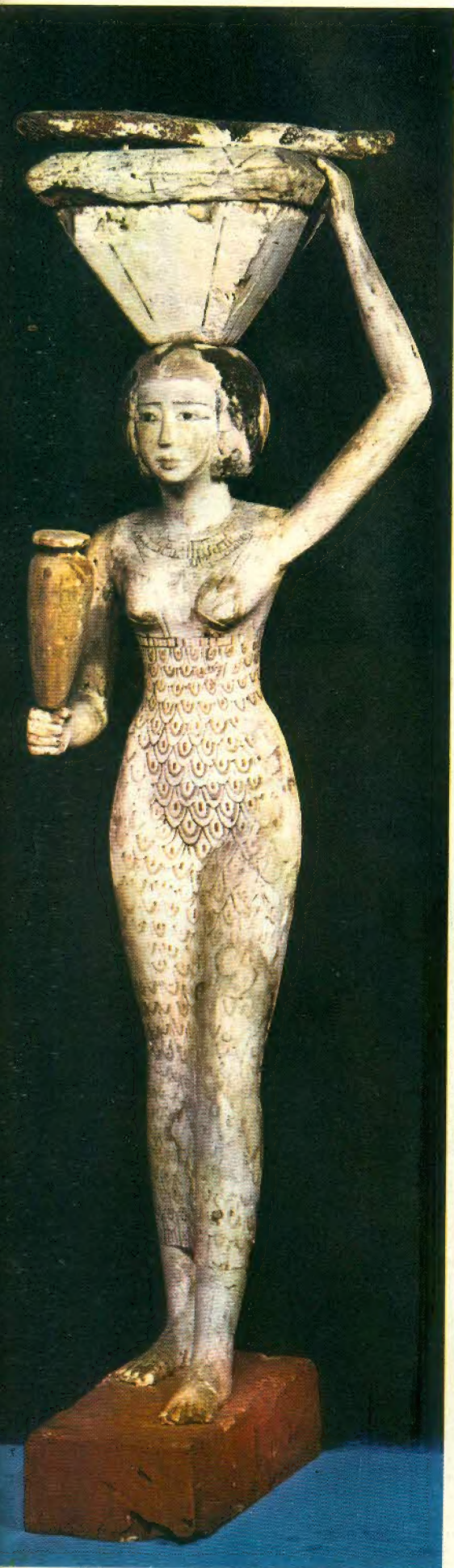


los acontecimientos. Al llegar a la XII dinastía, Egipto parece haber caído nuevamente en un estado de disgregación feudal, con varias familias reinantes a la vez. Fue una época de descomposición y desorden que se describe como una edad media de Egipto. Incluso aventureros y extranjeros debían de aprovecharse de tal situación: uno de los faraones de la XIV dinastía se llama "comandante del ejército". Otro de estos usurpadores era un negro; al menos añade el nombre de *Neshi*, negro, a su título real. No es de extrañar, pues, que los más belicosos, los asiáticos, que habían penetrado en el delta, hicieran un esfuerzo y consiguieran imponer su supremacía sobre los reyezuelos egipcios. La historia de la entrada de las tribus de Israel en el valle del Nilo da una idea clara de cómo hubieron de penetrar estas bandas de orientales durante épocas en que Egipto carecía de un gobierno fuerte que regulara la inmigración. Probablemente fue una infiltración gradual hasta que los extranjeros se sintieron fuertes para imponer su autoridad. Parece que los hicsos aprendieron el lenguaje de los egipcios, pues por lo menos emplearon correctamente la escritura jeroglífica.

He aquí cómo Manetón cuenta la conquista de Egipto por los hicsos: "Yo no sé por qué los dioses permitieron que gentes mal nacidas de las partes del Oriente entraran en nuestro país y lo conquistaran sin



Pintura mural de la XI dinastía, procedente de El-Ge-belen, que representa la inmolación de un buey (Museo Egipcio, Turín).



Relieve en piedra calcárea, procedente de una tumba, que representa a Sesostris III en actitud oferente ante un dios (Museo del Louvre, París). Bajo el reinado de este faraón, la Baja Nubia quedó anexada a Egipto.

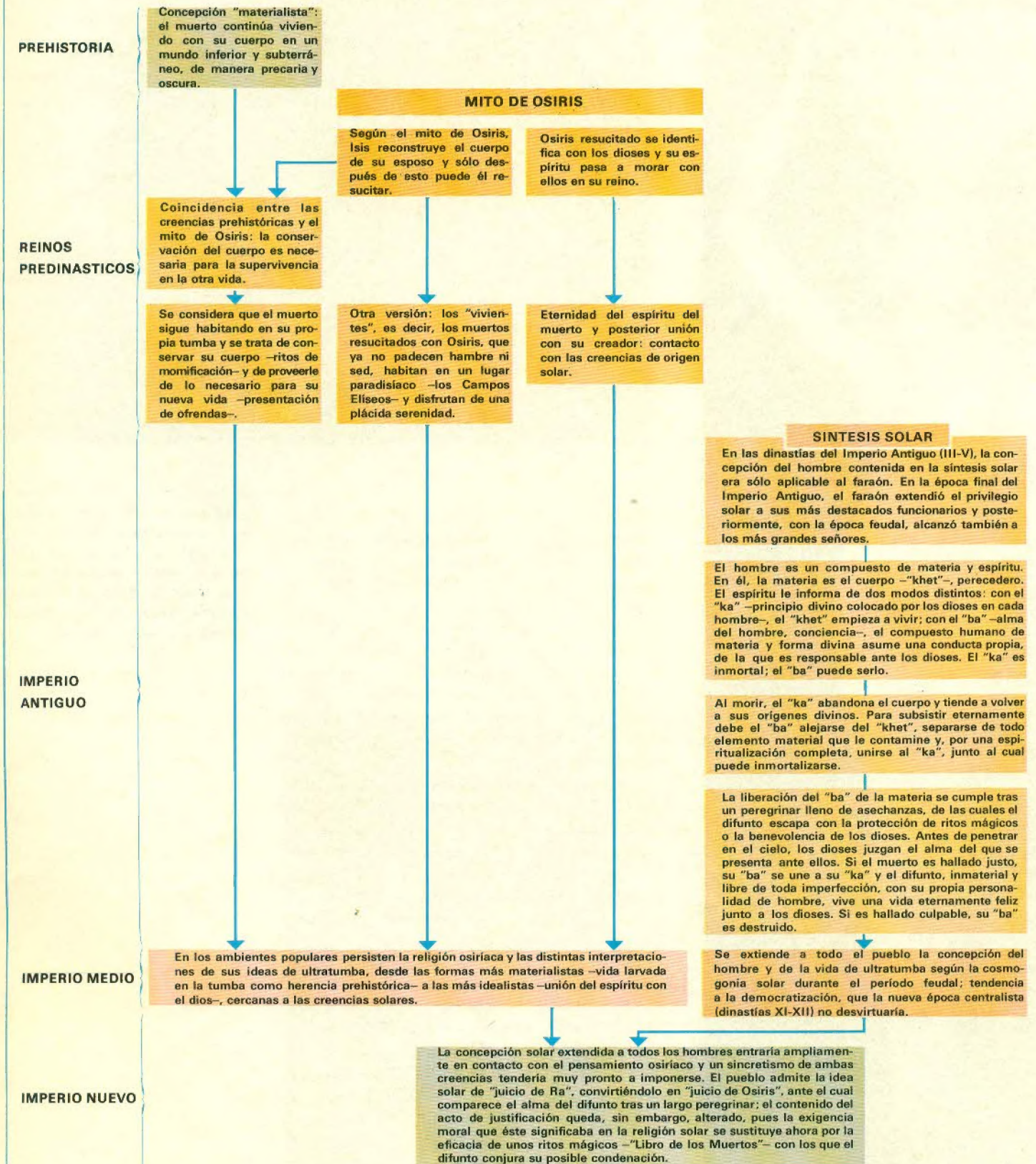
siquiera dar una batalla. Quemaron nuestras ciudades, demolieron nuestros templos, asesinaron a nuestros ancianos y sujetaron mujeres y niños a la esclavitud. Por fin, uno de estos extranjeros, que se llamaba Salatis y vivía en Avaris, cerca de Menfis, se hizo rey del Alto y del Bajo Egipto y puso guarnición en el istmo, de 240.000 hombres... Salatis cada verano recorría el país para cobrar tributos y para adiestrar a sus soldados contra todo peligro del exterior”.

Añade Manetón la etimología de la palabra hicsos. “Todos los de esta nación se llamaban hicsos: *hyk* en el dialecto sacerdotal quiere decir *rey*, y *sos*, en lengua vulgar, significa *pastor*, y de estos dos sonidos se formó el nombre de hicsos o reyes pastores. Otros dicen que eran árabes.” No está clara todavía la raza de estos invasores, aunque en general se les cree semitas; no obstante, acaso se mezclaron con ellos algunos arios.

Los hicsos, o pastores, al llegar a Egipto no debían de tener arte ni tradiciones nacionales, lo que hoy llamamos cultura. Algunas esculturas de la época de su dominio

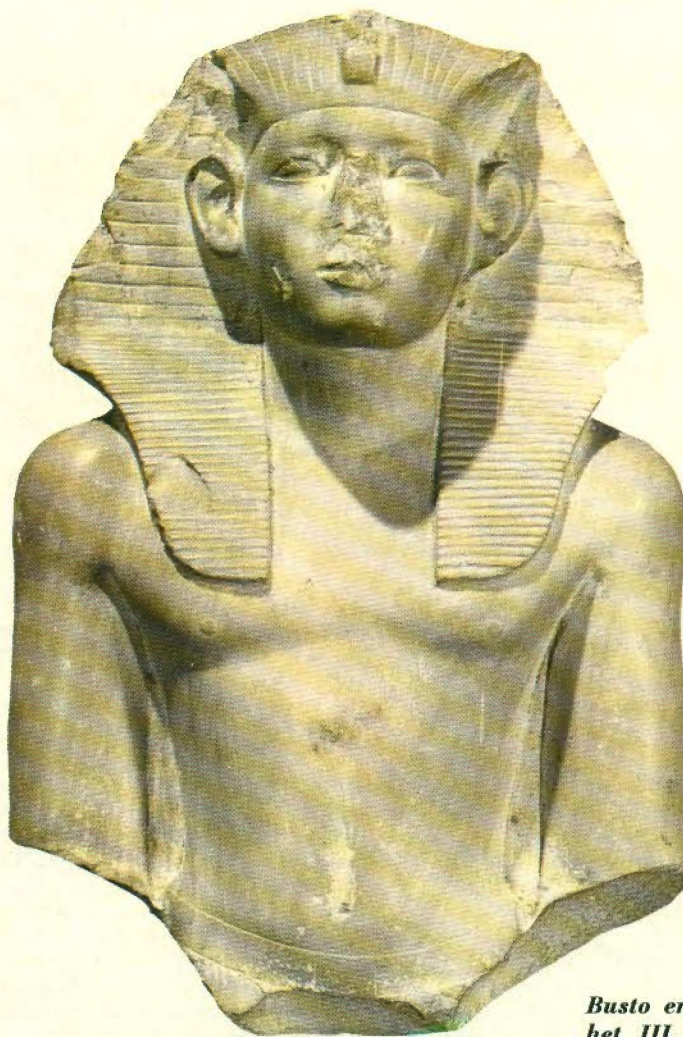
Estatuilla funeraria de una sirvienta que lleva ungüentos para el funeral del difunto y vituallas para su viaje de ultratumba (Museo del Louvre, París).

LAS CONCEPCIONES SOBRE LA VIDA DE ULTRATUMBA EN LA RELIGION EGIPCIA

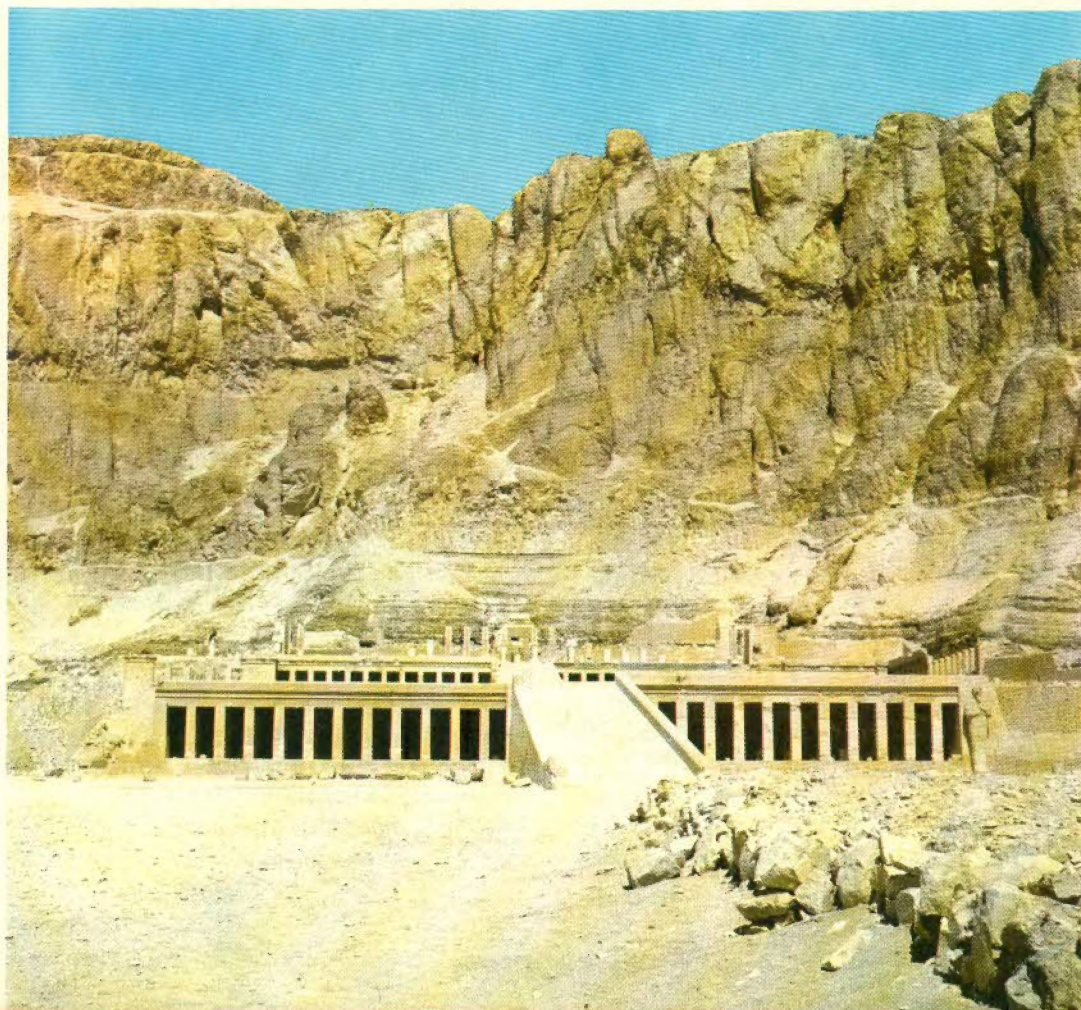


son bárbaras, usurpadas de los faraones de la IV y la V dinastías. Procederían de Siria. Al menos hasta allí fueron perseguidos por los egipcios, tras las guerras de independencia. Un relato de carácter popular da idea de cómo empezaron los primeros conatos de insurrección. El faraón hicsu, que vivía en Avaris, envió un mensajero al gobernador de Tebas, que debía de ser un egipcio de pura raza. El mensajero habló en nombre del rey: "Rumores han llegado a mí, concernientes al estanque del hipopótamo (título de la ciudad de Tebas), que no me dejan dormir. Día y noche oigo estos rumores en mis oídos...". Entonces el príncipe gobernador de Tebas se lamentó de aquellas murmuraciones. Después llamó a sus oficiales y les dio cuenta del mensaje del faraón; "pero todos permanecieron silenciosos por largo rato —dice el papiro—; nadie se atrevió a hablar en bien o en mal".

Amosis I, que fue el fundador de la dinastía XVIII, según Manetón, y gobernador de Tebas hacia el 1580 a. de J.C., es quien libró a Egipto del poder de los orientales. Las guerras de independencia habían de ser largas y de suerte variable. Cuando en 1886 se deshicieron los vendajes que envolvían la momia del padre de Amosis, el libertador de Egipto, se vio que ésta tenía el cráneo partido, la mandíbula inferior rota y la lengua



Busto en caliza de Amenemhet III, que reinó sobre el Egipto próspero y unificado, herencia de su antecesor Sesostris III (Museo Real de Arte e Historia, Bruselas).



Templo funerario de Hatshepsut edificado en Deir el-Bahari por el arquitecto y favorito de la reina. En él hay conmemoraciones pétreas de los principales acontecimientos de este reinado.

CHAMPOLLION Y LA LECTURA DE LOS JEROGLIFICOS

La historia de Egipto, grabada en piedra en numerosos monumentos, fue objeto de cábalas y conjeturas mientras los hombres de ciencia no tuvieron en su mano la clave para descifrar la escritura egipcia. Un sabio francés, Jean-François Champollion, contribuyó de manera decisiva al conocimiento de esta historia descifrando personalmente gran número de inscripciones y proporcionando la clave de equivalencias entre los signos ideográficos y los conceptos por ellos representados, así como la lista completa de los caracteres demóticos usados por los egipcios para escribir preferentemente los nombres propios extranjeros o ajenos a su cultura.

Al final de su corta vida —nació en 1790 y murió en 1832—, dedicada al estudio, pudo llegar a conclusiones que hasta entonces habían parecido de ensueño. Su trabajo obligó a los historiadores a corregir muchos de los conceptos sobre Egipto tenidos antes como verdaderos. En carta dirigida al presidente de la Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres, escribía Champollion: "Es posible que muchas verdades concernientes a la historia de ese famoso país caigan por tierra como resultado de mis investigaciones, a las que he llegado por un proceso completamente natural".

Sigamos algunos de los pasos de este proceso natural. Su primer gran descubrimiento hacía referencia a la escritura hierática o sacerdotal y a la demótica o popular. Champollion demostró que ninguno de estos dos tipos de escritura estaba compuesto por letras alfabéticas, como hasta entonces se había afirmado, sino por ideogramas, es decir, por signos que expresan conceptos en lugar de sonidos. Hasta el descubrimiento de Champollion se había creído que sólo los jeroglíficos representaban este tipo de escritura por caracteres-concepto. El sabio francés fue adentrándose en su labor y tras diez años de estudio logró un conocimiento casi completo tanto de la escritura hierática como de la demótica, de su naturaleza, número de signos y reglas de combinación. Con ello echó las bases de la gramá-

tica y diccionario de estas dos escrituras en que están trazados la mayoría de los documentos.

Estudiando la famosa inscripción de la piedra de Rosetta, escrita en caracteres demóticos, halló una serie de símbolos que, a pesar de ser demóticos, tenían un valor silábico o alfabético. La presencia y reconocimiento de estos símbolos en otros textos ideográficos le facilitó la verdadera pista para la lectura de nombres propios ajenos al país. El nombre de algunos reyes egipcios, como Tolomeo, pudo también ser leído gracias a este método.

Para llegar a deducciones exentas de toda posibilidad de error, Champollion hubo de basarse en hechos absolutamente ciertos. En el estudio de la inscripción de Rosetta, estas premisas ciertas nacieron de la comparación. En efecto, dicha inscripción demótica iba acompañada de un texto griego que el sabio francés demostró ser idéntico al demótico. Por desgracia, la inscripción de Rosetta, que se presentaba como la más adecuada para descifrar nombres propios, no sirvió, debido a sus numerosas fracturas, más que para la lectura de la voz Tolomeo. Posteriormente se halló en la isla de Filé un obelisco en el que, además de otros muchos signos, estaba grabado el nombre jeroglífico de Tolomeo, exactamente igual al de la inscripción de Rosetta. Cerca del obelisco se halló un pedestal, al que parecía haber estado unido el obelisco, que llevaba una inscripción griega con los nombres, entre otros, de Tolomeo y su esposa Cleopatra.

Champollion identificó primero los jeroglíficos que componían el nombre de Cleopatra trazados en el obelisco y luego comparó la escritura de ambos nombres, puesto que tienen algunas letras iguales. El resultado de esta comparación fue que las letras comunes, la E, la O, la P, la L, estaban representadas por el mismo signo en ambas inscripciones, sin tener en común ningún otro signo. Los signos combinados de las dos inscripciones, analizados fonéticamente, resultaron ser once, correspondientes a consonantes, vocales

o diptongos del alfabeto griego. El valor fonético de estos signos adquirió un carácter indiscutible cuando, al aplicarlos a otras inscripciones aisladas de monumentos jeroglíficos egipcios, se pudieron leer sistemáticamente los nombres propios extraños a la lengua egipcia, como, por ejemplo, el de algunos emperadores romanos precedidos o seguidos del título imperial *Autocrator*.

La labor de Champollion, aparentemente sencilla en estos primeros descubrimientos que hemos explicado, tropezaba con enormes dificultades a cada signo nuevo que aparecía. Pero su dedicación le permitió llegar a conclusiones de gran complejidad. Así, demostró, por ejemplo, que entre los alfabetos jeroglífico y demótico no había ninguna diferencia básica, sino la forma de los signos, siendo idénticos sus valores y, por tanto, que en Egipto no podía haber habido propiamente más que dos sistemas de escritura fonética: la jeroglífica-fonética, usada en los monumentos públicos, y la demótica-hierática, empleada para los nombres propios griegos.

De aquí pudo concluir que la escritura fonética estuvo en uso en todas las clases sociales de la nación egipcia y se utilizó como auxiliar indispensable de los métodos ideográficos. Esta escritura auxiliar, que representa los sonidos y la articulación de ciertos nombres propios, fue empleada con anterioridad a las dominaciones griega y romana. Por tanto, aunque parece extraño, el uso de la escritura egipcia semialfabética no se debió a la influencia de estas dos naciones, sino que posiblemente fue, si no la fuente, al menos el modelo en el cual se basaron los alfabetos de las naciones asiáticas occidentales, en particular de las vecinas inmediatas de Egipto.

Todas estas conclusiones que hemos esbozado, a las que Champollion ya había llegado a la temprana edad de 32 años, hacen de él el sabio más eminente en el desciframiento de los jeroglíficos.

V. G.

partida, y aun encima del ojo se veía un gran corte de daga. Dos hijos de éste continuaron la lucha, pero sólo el tercero, Amosis, logró triunfar. De las campañas de Amosis contra los hicsos y sus partidarios dan noticia algunas inscripciones funerarias. El capitán de uno de los buques que peleaban por la causa de Amosis en el Nilo mandó grabar estas palabras en su tumba: "Escuchad vosotros todos: yo os diré el motivo del honor que se me hizo. Siete veces recibí presentes de oro delante del pueblo, esclavos

y tierras. La fama del que es valiente no perecerá en Egipto... Cuando el sitio de Avaris (por Amosis) yo era capitán del buque llamado *El resplandor de Menfis*. Luché en el canal y el rey me premió con oro por mi valor. Una segunda vez que luchamos delante de Avaris recibí oro también por mis hazañas. Una rebelión nos hizo interrumpir el sitio y fuimos a luchar en el Sur. Cogí un prisionero dentro del agua y lo llevé como uno que lleva un prisionero en tierra firme. El rey me dio oro otra vez con medida doble. Por fin capturamos a

Avaris y allí cogí cautivos un hombre y tres mujeres, total cuatro cabezas, que su majestad me dio por esclavos. Después sitiámos a Sahuren; el sitio duró seis años, hasta que su majestad (Amosis) la tomó... Después que su majestad hubo degollado a los asiáticos (hicsos), subió por el río para destruir a los nubios trogloditas e hizo en ellos una gran degollina... Su majestad descendió el Nilo con el corazón alegre por sus grandes victorias. ¡Había conquistado a los del Norte y a los del Sur!...”.

Pero ni Amosis ni su inmediato sucesor Amenofis I pudieron continuar en gran escala sus campañas más allá del istmo para vengarse de los asiáticos en su propia tierra. Amosis sólo persiguió a los hicsos hasta el sur de Palestina. El trabajo de consolidar su poder y la restauración interior que exi-



Cabeza de Tutmosis III con la doble corona, símbolo de su dominación sobre el Alto y Bajo Egipto (Museo Británico, Londres). Sus brillantes campañas exteriores le reportaron cuantioso botín, que el faraón empleó, sobre todo, en embellecer el templo de Amón, en Karnak.



Estatuilla funeraria de una sierva egipcia filtrando cerveza, la bebida nacional del Egipto Antiguo (Museo Arqueológico, Florencia).

gían las profanaciones de los extranjeros debieron de impedir a Amosis proseguir sus guerras fuera de Egipto. Tanto él como sus inmediatos sucesores deploran en las inscripciones el lamentable estado en que encontraron los templos nacionales y la mísera condición de las ciudades. La guerra de independencia produjo, sin embargo, dos importantes cambios: siendo los gobernadores de Tebas los que habían promovido y dirigido la insurrección, Tebas, naturalmente, pasó a ser la capital de todo Egipto. Más

EL TEMPLO EGIPCIO

La característica más sobresaliente del arte egipcio es la grandiosidad. Ningún otro pueblo en la Historia ha conseguido efectos tan monumentales con medios más sencillos. En los templos, esta grandiosidad general de todos los edificios egipcios se hace gigantesca. La sala hipóstila del templo de Amón, en Karnak, en el Alto Egipto, viene a ocupar una superficie de unos 5.300 m². En su perímetro, que no es ni la mitad del de todo el templo, cabría perfectamente una de nuestras grandes catedrales. Su techo descansa sobre 134 robustas columnas. Esta solidez y sobriedad de líneas no han podido resistir el paso del tiempo, por lo que la mayor parte de los templos egipcios han llegado a nosotros en ruinas. Sólo el de Edfú, cerca de Asuán, puede ser admirado en su construcción original.

Es curioso que al contemplar los templos egipcios se observa una diferente altura en cada una de sus salas, que va disminuyendo a medida que se penetra en el interior. Este aminoramiento de la altura se logra, unas veces, por disminución escalonada de la elevación de los techos, y otras, por elevación del suelo. Al propio tiempo, la oscuridad aumenta progresivamente hasta llegar al final del templo, donde mora la divinidad. Ambos factores, disminución de altura y progresiva oscuridad, tienen por objeto ambientar el sentimiento de los fieles y predisponerlos a la contemplación del misterio.

Generalmente se llega a la puerta del templo por una avenida flanqueada de esfinges, estatuas monumentales con cuerpo de león y cabeza humana, que parecen

montar guardia al dios titular. A uno y otro lado de la puerta se levantan sendos pilones o muros inclinados, decorados con bajos relieves. Frente a los pilones se yerguen a veces dos obeliscos coronados por sendas pirámides de bronce dorado, levantados en memoria del fundador del templo. Tras franquear la puerta se llega al gran patio de entrada, descubierto, pero rodeado de pórticos, desde el que se pasa a la sala hipóstila, lugar de reunión de los fieles en los días de ceremonia. Por su primordial finalidad, esta sala es la más grande del templo y la única que necesita luz.

Para resolver el problema, puesto que los templos egipcios no tienen ventanas en las paredes laterales, se hubo de recurrir al sistema de claraboyas. En efecto, las dos hileras centrales de columnas son más altas que el resto, con lo cual se consigue que el techo se presente en dos planos diferentes; por el desnivel de estos planos, a través de un enrejado de piedras verticales, entra la luz que ilumina la nave.

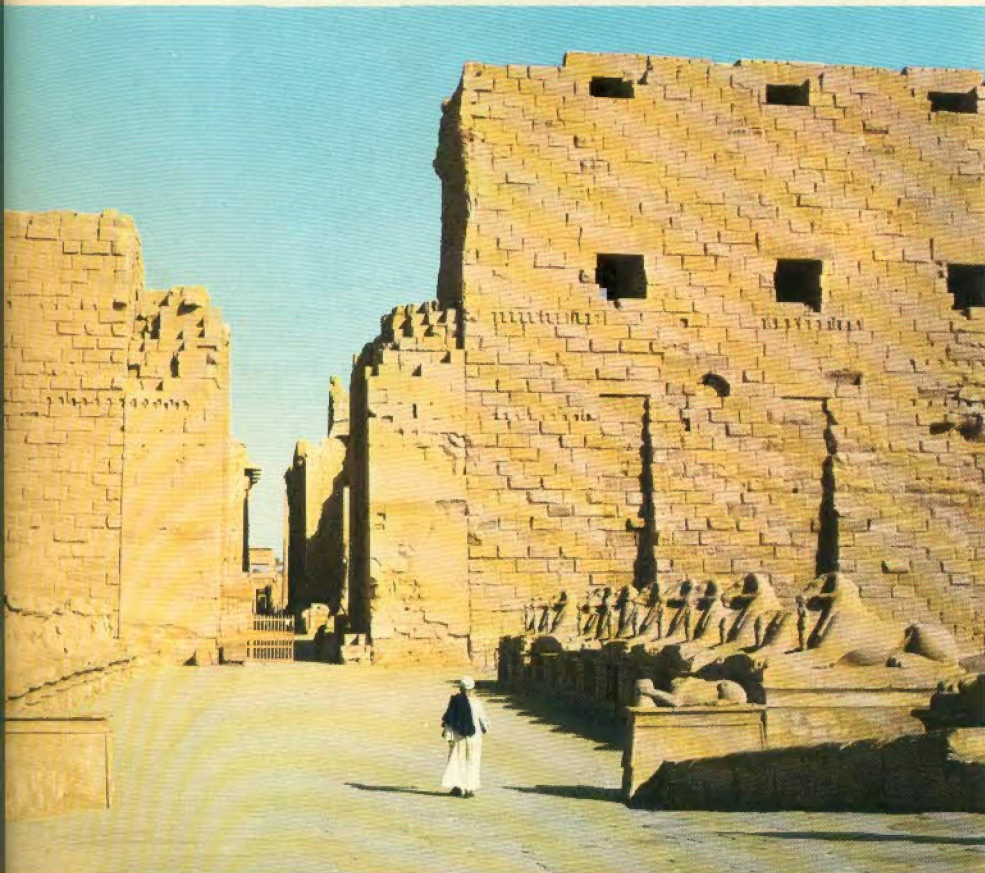
Este desnivel suele ser de consideración, como en la sala hipóstila del templo de Karnak, en que las columnas centrales tienen veintitrés metros de altura, y las laterales, trece. La cubierta, tanto de esta sala como del resto del templo, está hecha de grandes losas de piedra colocadas sobre los arcos de piedra en sentido transversal. De la sala hipóstila, llamada también pronaos, se pasa a la naos, que da acceso al santuario, morada del dios representado en una estatua.

A diferencia de los templos que acaba-

mos de describir, los subterráneos, templos excavados en la roca, tenían la puerta de entrada flanqueada por estatuas colosales. Ejemplo de estos últimos es el templo de Abu Simbel, en Nubia, mandado construir por Ramsés II. Dos estatuas del faraón guardan la puerta de entrada. Como otros muchos monumentos egipcios, este templo estuvo cubierto de arena durante muchos siglos. En algunas ocasiones, los vientos arrastraban la tierra y dejaban al descubierto las cabezas de los colosos ramasidas que custodian la puerta. La exploración del templo ha demostrado ser una vez más muy provechosa por la gran cantidad de novedades que presenta respecto a los anteriormente conocidos.

Cuando el gobierno egipcio proyectó construir la presa de Asuán, empezaron a peligrar gran número de maravillosos templos, estatuas, etc., existentes en el valle central del Nilo, que se convertiría en un inmenso lago. Al grito de angustia de la cultura mundial, que iba a ser gravemente dañada, contestaron las naciones con generosidad suficiente. Gracias a la ayuda de todos, se ha logrado salvar muchos de estos monumentos trasladándolos a otra parte donde no estuvieran al alcance de las aguas. El traslado ha sido una empresa muy costosa, pues muchos templos han tenido que ser cortados en bloques para facilitar su transporte. Cualquier sistema era bueno con tal de salvar de la desaparición estas piedras cargadas de historia.

V. G.



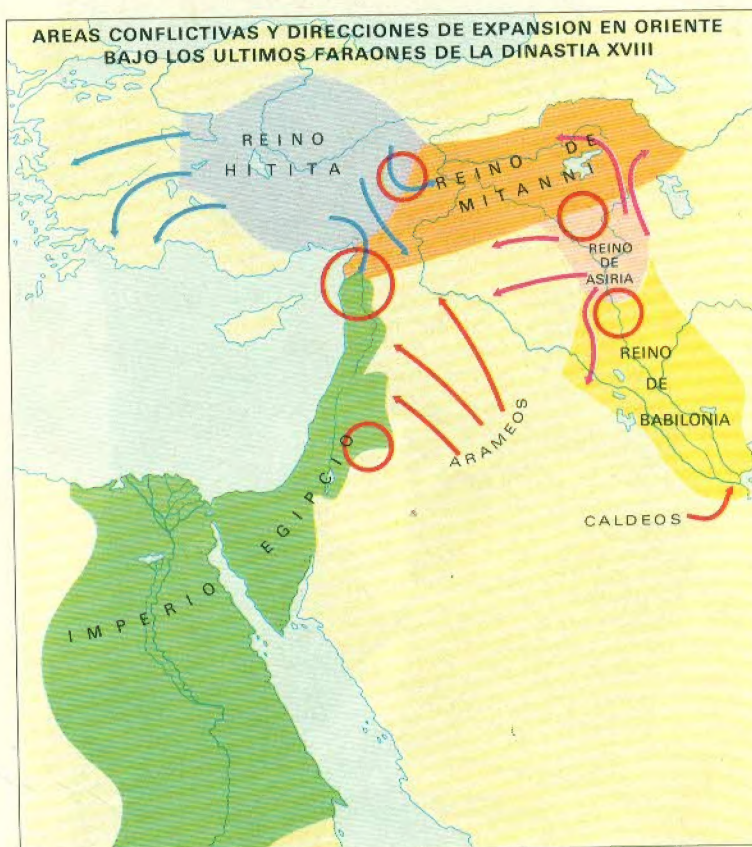
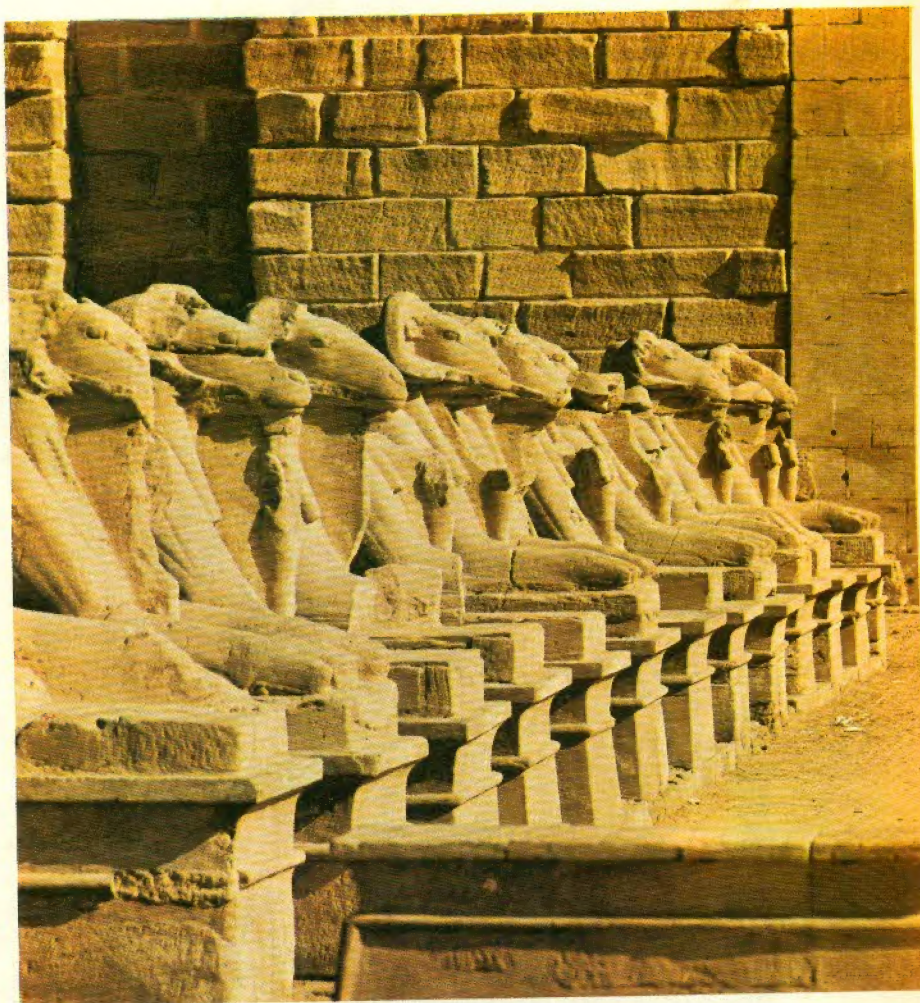
aún, la victoria se atribuyó a la protección dispensada durante la lucha por Amón, el dios local de Tebas, y así el templo de Amón, en Tebas, ascendió de la categoría de pequeño santuario de provincia a la de gran templo de la nueva capital de Egipto. Antes de la XVIII dinastía el templo de Amón, en Karnak, que era un barrio de Tebas, debía de ser un edificio insignificante, quizá todavía con columnas y techos de madera.

Avenida de las Esfinges del templo de Amón, en Karnak, que conduce hasta el primer pilón. Este templo, ampliado y embellecido progresivamente desde principios del Imperio Nuevo hasta la época romana, ha llegado a nuestros días a pesar del afán destructivo de que ha sido objeto por parte de los pueblos bárbaros que han invadido Egipto.

*Detalle de la avenida de las esfinges
que precede la entrada
del templo de Karnak.
Estas esfinges con cabeza de carnero
son un símbolo solar del dios Amón.*

El dios Amón se representaba como un personaje humano eternamente joven y con casco coronado de un altísimo penacho de plumas. Su animal patronímico era el carnero. Difícil es comprender bien hoy la verdadera significación del primitivo Amón tebano, porque los sacerdotes fueron acumulando en esta deidad suprema los atributos y caracteres de los otros dioses de Egipto. Hasta el punto de que en la XXII dinastía, cuando los sacerdotes de Tebas usurparon el gobierno y actuaron como faraones, Amón llegó a suplantarse a Osiris en el reino de ultratumba. Así se explican las grandes construcciones de Tebas en honor de Amón; a partir de la XVIII dinastía, la llanura de Tebas se cubre de monumentos magníficos. La historia de estos faraones de las dinastías tebanas podría, pues, reducirse para cada uno a esta breve síntesis: construyó nuevas alas de columnas en el templo de Amón y levantó su templo-sepulcro, e hizo muchas campañas en Siria y en Palestina... Esta es, sin embargo, la mayor novedad que presenta la historia de Egipto después de la expulsión de los hicsos o reyes pastores: su política exterior.

Ya hemos dicho que ni Amosis ni su inmediato sucesor Amenofis I habían podido infligir al Asia el castigo que merecía. Pero al ascender al trono Tutmosis I, yerno de Amenofis I, Egipto estaba suficientemente pacificado para poder arriesgarse a una campaña de conquista. Por la inscripción funeraria de un general que acompañó a Tutmosis I en sus expediciones militares, sabemos que primero remontó el Nilo para castigar a los trogloditas de la Nubia. El rey, dice un documento contemporáneo, "aplastó a sus enemigos como un leopardo". Después regresó a Tebas, llevando atado a la proa de su barca el cuerpo del jefe de los nubios para que pudieran verlo sus partidarios desde las orillas. En seguida marchó, libre ya de cuidados, contra el Asia. Y como los hicsos habían introducido el caballo en Egipto, que no conocieron los faraones del tiempo de las pirámides, Tutmosis llevaba consigo una formidable caballería, además de los escuadrones de carros de guerra, tantas veces mencionados en la Biblia. Porque desde el día en que Tutmosis I cruzó el istmo, los pueblos de Asia aprendieron a bajar la cabeza al oír el nombre del faraón.



Aplique de bronce correspondiente a la XVIII dinastía, que representa a un músico bailando (Museo Real de Arte, Bruselas). Probablemente se trata de un bailarín profesional.



El momento era extremadamente favorable para Egipto. Asiria no había llegado a ser un gran estado y Babilonia estaba pasando un período de postración y decadencia. Tutmosis barrió sin dificultad los pequeños reinos de Siria y Palestina y llegó triunfalmente hasta “el país de los dos ríos”, o sea la Mesopotamia. Hay que imaginar la sensación que debieron de producir a los egipcios, que no habían salido hasta entonces de su valle, las llanuras fértiles de Siria y las nevadas montañas del Líbano, con sus frescas corrientes de aguas azules, en lugar de las ondas fangosas del Nilo. Uno de los compañeros de Tutmosis I recuerda en una descripción que el agua del Eufrates, ¡oh maravilla!, en lugar de correr del Sur hacia el Norte, como el Nilo, iba de Norte a Sur. “Para subir el agua, has de bajar el agua”, dice. Subir el agua, para los egipcios, era remontar el Nilo, y el ir de Norte a Sur, en Egipto, se llamaba “subir el agua”.

Las campañas de Tutmosis I fueron continuadas por su nieto Tutmosis III. El segundo Tutmosis, cuya momia se exhumó en 1886, parece haber sido un hombre que apenas llegó a los treinta años, de cuerpo defectuoso y con una enfermedad de la piel que le produjo grandes cicatrices. Así es que ya antes de su muerte fue suplantado por su hermanastra y esposa, la reina Hatshepsut, que luego gobernó, arrinconando a su sobrino Tutmosis III. Durante el largo reinado de Hatshepsut, Egipto sólo pudo mantener su influencia en Asia. Pero cuando Tutmosis III gobernó personalmente, se reanudaron las campañas casi cada año, para asegurar y extender las conquistas de Tutmosis I. La primera expedición salió de Egipto el 19 de abril de 1479 a. de J. C. y nueve días después llegaba a Gaza, en Palestina. El 10 de mayo el faraón acampaba ya al pie del monte Carmelo. Allí se enteró de que la confederación de los sirios rebeldes se concentraba en Megiddo. Había tres caminos para llegar a Megiddo, dos contorneando la montaña y otro por un collado que conducía al lugar donde estaba el enemigo. Tutmosis, contra el parecer de sus generales, optó por esta vía directa. El 15 de mayo llegaba a Megiddo, sorprendiendo a sus enemigos. Subido a un carro ligero de metal resplandeciente, mandaba el centro de su ejército. “El rey, a la cabeza de sus columnas, como una antorcha de fuego, enseñaba el camino con su espada. El fue delante, ¡nadie como él!, capturando a los príncipes enemigos.”

La batalla de Megiddo decidió la suerte de Asia por varios siglos. Claro está que los sirios se coligaron algunas veces para librarse de este nuevo yugo, al cual no estaban acostumbrados, pero el castigo del fa-

raón no se hizo esperar; diecisiete veces cruzó Tutmosis III el istmo en los cincuenta y cuatro años de su reinado. Algunas de estas expediciones debían de ser verdaderas marchas triunfales, sólo para percibir los tributos. Uno de sus generales explica como Tutmosis, en la campaña del año 34 de su reinado, fue a cazar elefantes en Siria y mató ciento veinte de estos animales. Sus conquistas proporcionaron no sólo los recursos necesarios, sino también innumerables prisioneros, con los cuales pudieron edificarse los grandes templos de Amón de Tebas. Tutmosis III murió el 17 de marzo del año 1447 a. de J. C. He aquí algunos párrafos del himno en honor de Tutmosis III, que grabaron los sacerdotes en Karnak. Es el propio dios Amón quien habla: “Yo he venido a darte poder para aplastar a los príncipes del Asia. – Yo los he lanzado a tus pies desde las tierras altas. – Yo he hecho que tuvieras majestad irradiando poder. – Tú has brillado delante de ellos como si fueras mi imagen... – Yo he venido a darte poder para aplastar los extremos de la tierra, – el circuito del océano está en tus manos; – he hecho que te vieran como un azor que se eleva, – llevándose todo lo que desea...”.

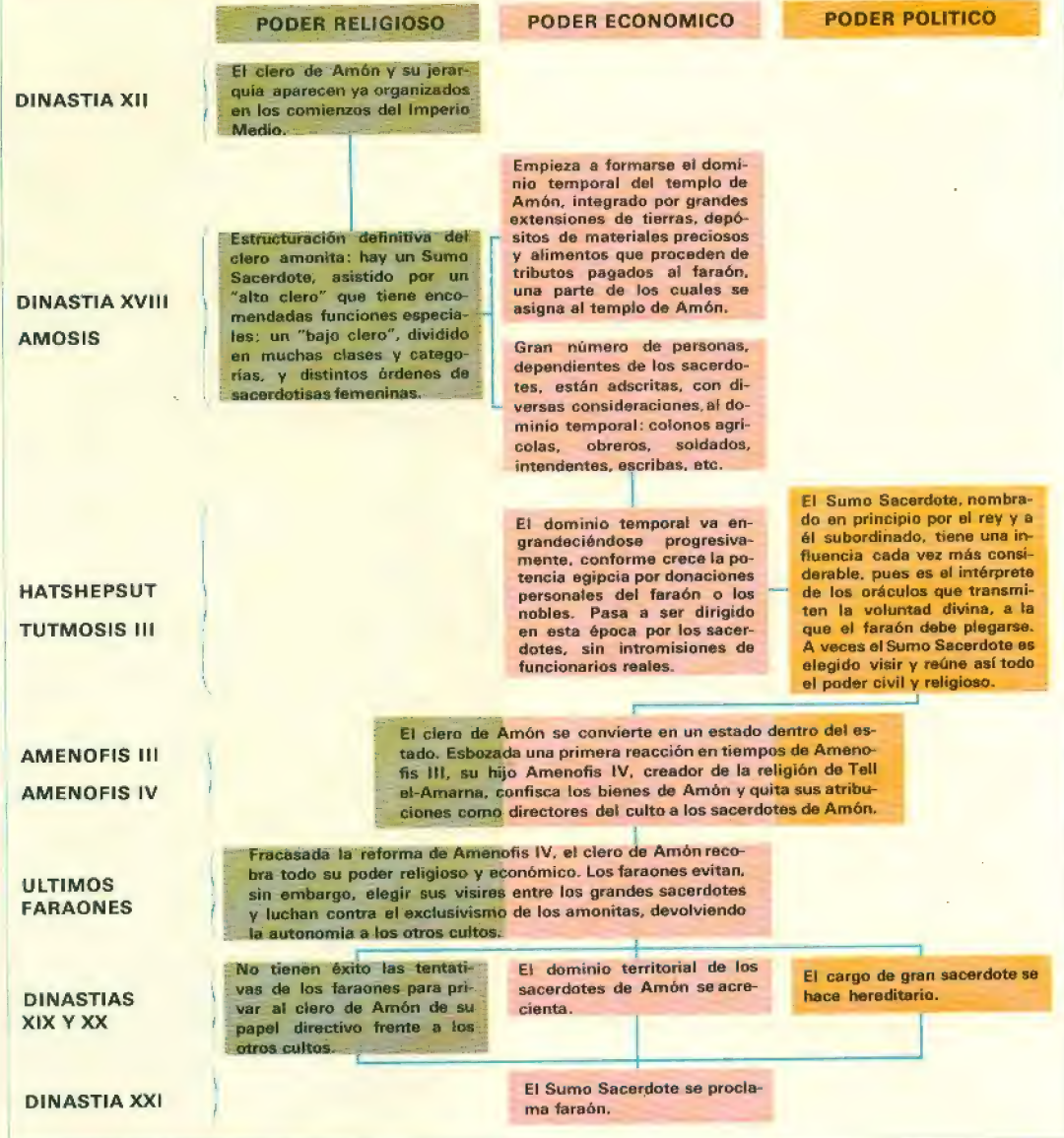
Que esto no era adulación, lo hemos visto por el resultado de sus campañas. El gran visir Rekmirhe, que estuvo en inmediato contacto con Tutmosis III, dice en su inscripción sepulcral, alabando la sagacidad del faraón: “Su majestad lo adivinaba todo, era como Toth (el dios del conocimiento); no hubo asunto que no llevase a buen término”. Las ruinas de Karnak, en Tebas, cuentan todavía la gloria del conquistador de Asia, y los obeliscos de Tutmosis III, trasladados uno a Roma, otro a Londres y otro a Nueva York, dan a las modernas multitudes una idea de su grandeza.

Los sucesores de Tutmosis III parecen haber sido, como él, hombres fuertes y capaces de empresas difíciles. En la tumba de su hijo, Amenofis II, se lee que nadie podía doblar el arco del faraón. El nieto de Tutmosis III, llamado Amenofis III, debía de ser cazador y gustar de la vida de deportes al aire libre, pues él mismo nos cuenta, en una inscripción, que tuvo un sueño, dur-

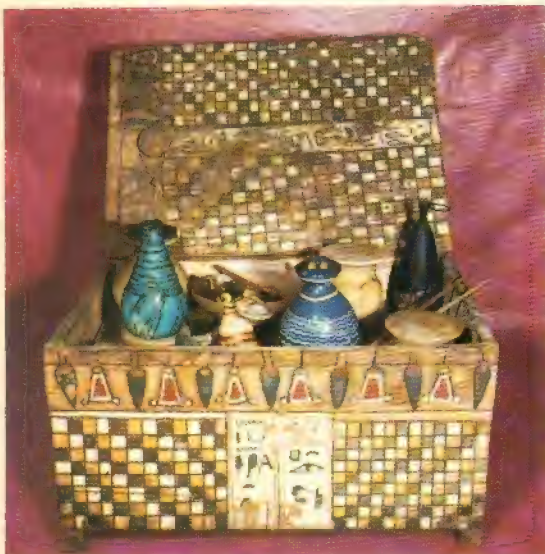


***Estatua del faraón Amenofis II,
de la XVIII dinastía,
que supo conservar
el dominio egipcio en Asia,
heredado de su padre Tutmosis III,
con la pronta represión
de todas las revueltas
(Museo Egipcio, Turín).***

LA ASCENSION SOCIAL Y POLITICA DEL CLERO DE AMON EN EL IMPERIO NUEVO



Cofrecillo para guardar afeites femeninos y cajita de perfumes de una distinguida dama egipcia (Museo Egipcio, Turín).



miendo la siesta a la sombra de la Esfinge, un día que cazaba cerca de la necrópolis de Menfis. “Las conquistas del Asia ya no exigían campañas peligrosas, como las que tuvo que realizar Tutmosis III. Los tributos llegaban regularmente; tenemos listas de lo que enviaban del Asia a Egipto. Un año llegaron de Mesopotamia a Tebas: 513 esclavos, 260 yeguas, 45 medidas de oro, 564 toros, 5.323 cabras, 828 jarros de incienso, vasos de plata...”

Pronto los caciques y reyezuelos de Siria y Palestina tuvieron a honor el ser súbditos de Egipto. Se ha conservado gran parte de la correspondencia de estos jefes asiáticos con los faraones de la XVIII dinastía. Una de las cartas (desnuda de fraseología y jaculatorias orientales) viene a decir, poco más o menos, como sigue:

“Al rey de Egipto, mi hermano, el que me ama y a quien yo amo. Deseo que todo vaya bien para ti, tu casa, tus esposas, tus hijos, tus carros, tus caballos, etc. Nuestros padres ya fueron amigos, seamos diez veces más amigos nosotros. Que tu dios y mi dios ordenen prosperar esta amistad. Tu mensajero me ha pedido mi hija para ser tu esposa y reina de Egipto. Y yo he llevado mi hija a tu mensajero y a éste le ha gustado y ella va ahora con él... Tú enviaste a mi padre mucho oro. Mándame oro también a mí, en grandes cantidades, porque en Egipto el oro es abundante como el polvo...”

Otro dice que su hija, que pidió en matrimonio el faraón, ya ha crecido y se la mandará en seguida. Otros se quejan de sus vecinos, pidiendo protección al rey de Egipto; otros envían cobre, otros predicen rebeliones y murmuran descontentos.

Pero no fue el espíritu de rebeldía en los pueblos sujetos a Egipto lo que hizo peligrar las conquistas de Tutmosis III. Fue que en el propio Egipto sobrevino una extraña aventura religiosa. Y lo más notable es que el reformador fue el propio monarca, el faraón Amenofis IV, legítimo sucesor de los grandes libertadores de Egipto y de los conquistadores de Asia.

La reforma acaso se venía preparando ya en tiempo de su padre Amenofis III, pero sólo con el nuevo faraón tomó decidido carácter revolucionario. A pesar de su constitución física, más enclenque que robusta, Amenofis IV no dio muestras de timidez al implantar el nuevo culto. Todos los antiguos dioses de Egipto fueron declarados pura superstición y sus nombres borrados de las leyendas y relieves, sus templos cerrados o consagrados al nuevo dios, único y omnipotente: Atón, el dios solar. El faraón empezó por dar ejemplo, cambiándose el nombre: no se llamaría ya Amenofis, que quiere decir Amón-descanso, sino Akhenatón o



Sacerdote del Imperio Nuevo sosteniendo una imagen del dios Amón (Museo Egipcio, Turín).

Espíritu de Atón. La antigua Tebas se llamaría “el Resplandor de Atón”, y un nuevo templo para el nuevo dios se levantaría entre los dos grandes santuarios de Amón: los templos de Luxor y Karnak. Iguales cambios presenciaron los otros lugares sagrados de Egipto, y el celo de Akhenatón llegó hasta edificar templos a Atón en Nubia y Siria. Es evidente que las multitudes ignorantes de Egipto no comprendieron toda la trascendencia de esta nueva religión monoteísta, pero Akhenatón encontró bastantes devotos entre su familia y sus dignatarios y amigos para llevar a cabo la reforma sin gran oposición. A pesar de la ruina que para las comunidades de sacerdotes significaba el nuevo culto, no pudieron éstos oponerse a la voluntad del monarca. Porque, ¿de quién



Uno de los colosos de Memnón, único resto del gran templo funerario de Kom el-Heitan, mandado construir por Amenofis III.

procedía la autoridad de los sacerdotes sino de Amón? ¿Y no habían ellos acostumbrado al pueblo a creer que el faraón era el propio dios Amón encarnado? ¿Cómo podían, pues, oponerse a la voluntad del monarca, que *ex cathedra* declaraba a Amón destituido y elevaba a Atón en su lugar? De la trascendencia de la reforma nos dará una idea el famoso himno a Atón, dictado por el propio Akhenatón y esculpido en las tumbas reales. Se titula: “Alabanza de Atón por el rey Akhenatón y la reina Nefer-nefru-Atón”.

El lector debe recordar que Atón quiere decir *Sol* o *disco solar* y sabe ya también que este extraordinario himno fue escrito hacia el año 1450 a. de J. C. y es, por tanto, anterior de cuatro siglos a los salmos de David y cerca de tres mil años más antiguo que los himnos de los puritanos. Invirtiendo sólo algunas paráfrasis, el himno a la gloria de Atón dice lo siguiente:

“Tu aurora es hermosa en el horizonte del cielo, — ¡oh vivo Atón, principio de la vida! — Cuando tú apareces en el Levante, —

llenas toda la tierra de tu hermosura. – Eres hermoso, grande, resplandeciente y alto sobre el mundo. – Tus rayos se esparcen por los campos – y por todo lo que tú has creado. – Tú lo unes todo con amor. – Tú estás lejos, pero tus rayos llegan a la tierra. – Tú estás alto, pero las huellas de tu paso forman el resplandor del día.

”Cuando tú te escondes en el Poniente – la tierra queda en tinieblas como los muertos – que duermen en sus sepulcros; – sus cabezas envueltas, sus narices cerradas – y sin ver el uno al otro; – no sienten robar los tesoros que tienen bajo sus cabezas. – Por la noche los leones dejan sus guaridas – y las serpientes venenosas sus madrigueras. – Reina la oscuridad, el mundo está en silencio, – porque quien lo ha creado descansa en su horizonte.

”Resplandece la tierra – cuando tú te levantas; – las tinieblas desaparecen – cuando tú envías tus rayos. – Un día de fiesta es cada día para el Egipto. – Despiertan todos y, levantándose, – después del baño se visten – y alzan los brazos en adoración a tu aurora. – Después todo el mundo continúa sus trabajos.

”Los rebaños descansan sobre la hierba. – Los árboles y plantas florecen. – Los pájaros cantan en los pantanos, – sus alas levantadas en adoración. – Los corderos bailan sobre sus pies. – Todas las criaturas con alas vuelan – cuando tú has brillado. – Las barcas suben y bajan la corriente del río. – Los

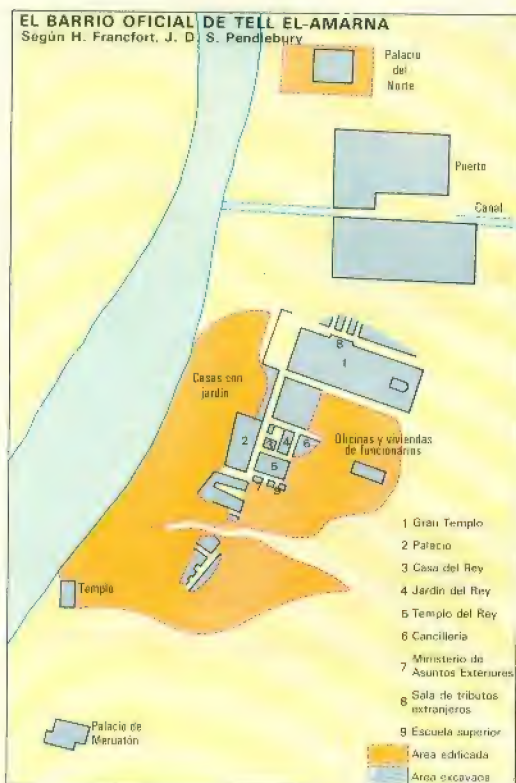


caminos están abiertos porque tú has aparecido. – Los peces saltan fuera del agua para verte. – Y tus rayos caen sobre el ancho mar.

”Tú creas al hijo del hombre, – tú fabricas su simiente, – tú le das vida y le cuidas antes de nacer. – Y cuando viene el día de nacer, – tú abres su boca – y le proporcionas alimento.

”Cuando el polluelo pía en la cáscara del huevo, – tú le das aire para que respire allí dentro y viva. – Cuando tú le has hecho per-

Estatua sedente de Amenofis III (Museo Egipcio, Turín). Durante su reinado, Egipto vivió un período de esplendor artístico, pero fue perdiendo su influencia en Asia y consintió el avance de los hititas hacia el Sur.



LA ADMINISTRACION DEL PAIS DURANTE EL IMPERIO NUEVO

EL FARAON

En manos del faraón se concentran todos los poderes. Nombra y destituye libremente a los funcionarios del estado, responsables siempre ante él. A manera de árbitro entre los grandes jefes de la burocracia, su parecer personal impone una línea de actuación a su gobierno.

ADMINISTRACION CIVIL

EL GOBIERNO DE EGIPTO

LOS VISIRES

A la cabeza de toda la máquina del estado se hallan dos visires, uno para el norte del país, con residencia en Heliópolis, y otro para el sur, con residencia en Tebas. La competencia de ambos es idéntica en sus distritos respectivos. Todos los servicios centrales del estado dependen, en última instancia, del visir. El preside en su capital el Tribunal Central de Justicia, dirige las finanzas, garantiza el adecuado aprovechamiento de las aguas del Nilo, la capacidad de los canales o los títulos de propiedad. Cuida de la preparación del ejército, es el jefe de policía y distribuye las guarniciones urbanas.

CASA DEL ORO

Es el servicio de finanzas; su misión primordial es la recaudación de impuestos.

CASA DEL REGISTRO

Custodia los títulos de propiedad y proporciona la documentación necesaria en los juicios.

TRABAJOS PUBLICOS

De este servicio depende, sobre todo, la reparación de los canales del Nilo, la construcción de nuevos, la conservación de las rutas caravaneras.

PATRIMONIOS

Dirige la explotación de los grandes dominios agrícolas propiedad del faraón y toda clase de empresas económicas de carácter estatal.

ADMINISTRACION DE JUSTICIA

Al Tribunal Central corresponden los juicios criminales y los grandes procesos civiles.

EJERCITO

Debe cuidar de la conservación de las fortalezas del país, la formación e instrucción de guarniciones urbanas y, en general, de la preparación del ejército.

PAISES EXTRANJEROS

Establece las relaciones con los demás países y gobierna las provincias asiáticas.

LAS PROVINCIAS

Régimen muy centralizado, en el que siempre es preciso recurrir a los servicios centrales ya reseñados, el país estaba dividido en provincias a cuyo frente se halla un gobernador —“hatia”—, nombrado por el visir y mero ejecutor de sus órdenes. A éste le ha sido encomendado recaudar los impuestos locales, mantener el orden interno y presidir el tribunal de justicia local, competente sólo en pequeños delitos.

EL GOBIERNO DE NUBIA

EL VIRREY DE NUBIA

Nubia es gobernada por un virrey directamente designado por el faraón y cuya misión esencial es explotar los recursos naturales del país, transmitir los tributos en oro y especie a Egipto y cuidar de la defensa del territorio contra los nómadas. En sus funciones es auxiliado por unos “departamentos” o servicios centrales, calcados de los egipcios.

JEFE DEL TESORO

Recauda los impuestos en metálico y organiza expediciones en busca de oro.

JEFE DE LOS GRANEROS

Centraliza los tributos pagados en especie, cuida de su almacenamiento y traslado al Norte.

JEFE DE LOS GANADOS

A él está confiado el cuidado y aprovechamiento de los ganados que forman el patrimonio del estado.

PROVINCIAS NUBIAS

El país ha sido dividido en dos partes: Uauat —de Asuán a la segunda catarata— y Kush —Sudán actual—, a cuyo frente se halla un “director” —idenu— nombrado por el virrey.

EL GOBIERNO DE ASIA

LAS PROVINCIAS ASIATICAS

Éstas se caracterizan por su fragmentarismo, ciudades o pequeñas repúblicas urbanas, muchas veces rivales entre sí, principados muy reducidos de corte feudal. Egipto respetó siempre la autonomía, la organización y aun las personas o dinastías dirigentes en cada país.

OBJETIVOS

DEL GOBIERNO EGIPCIO

De las provincias asiáticas, Egipto esperaba obtener un tributo regular —se trataba de zonas eminentemente comerciales— y una colaboración en su defensa, que recaía en gran parte en el ejército egipcio.

LA DEFENSA DEL IMPERIO

Guarniciones en lugares estratégicos, tropas auxiliares indígenas instruidas por oficiales egipcios y la flota semita de los fenicios aseguraron largo tiempo la defensa frente a los pueblos nómadas y los estados rivales.

LA ESTRUCTURA FISCAL

Las provincias fueron divididas en distritos presididos por un gobernador egipcio, a quien debían ser remitidos los tributos por las distintas ciudades. Se trataba, pues, de divisiones y funcionarios de acción exclusivamente fiscal.

DIRECCION DE LOS CULTOS

Corresponde al Gran Sacerdote de Amón y al alto clero del mismo dios. El faraón nombraba, en principio, al sumo pontífice.

ADMINISTRACION RELIGIOSA



Relieve en caliza blanca de la reina Tiyi, esposa de Amenofis III y asociada al faraón en la mayor parte de los monumentos públicos (Museo de Arte e Historia, Bruselas).

La dama Tui, que estuvo al servicio de la reina Tiyi en la corte de Amenofis III (Museo del Louvre, París).



fecto, — le haces romper el huevo — y sale con toda su fuerza, — marchando sobre sus dos patas — cuando ya ha nacido.

”¡Cuán múltiples son tus obras! — ¡Cuán incomprensibles son para nosotros! — ¡Oh dios, nadie puede abarcar tu poder! — Tú creaste la tierra según tu deseo, — mientras tú estabas solo. — Hombres, animales, grandes y pequeños, — los que van sobre sus pies y los que vuelan, — las tierras de la Siria y de la Nubia — y el país de Egipto, etc.”

El lector puede imaginar lo demás: hemos copiado la mitad del himno solamente. El himno acaba con una estrofa declarándose Akhenatón el único que conoce bien a su padre. Pero a pesar de esta fórmula para divinizar al faraón, es evidente que el mundo no estaba preparado para saltar de la religión de las divinidades totémicas prehistóricas y el culto de los antepasados he-

roicos a este misticismo naturalista de Akhenatón. Los súbditos debieron de ser los primeros en notar que las riendas estaban flojas en manos de este faraón filósofo. Y si Egipto se mantuvo quieto, Nubia y Siria se rebelaron. Ya antes de morir, Akhenatón cedió el gobierno a su yerno Sakerhe, pero éste no debía de ser persona grata a los sacerdotes de Tebas porque coronaron como faraón al otro yerno de Akhenatón, el tan popular Tutankhamón, cuya tumba descubrió en 1922 lord Carnarvon. Como ya revela su nombre, “la imagen viviente de Amón”, que esto quiere decir Tutankhamón, el yerno de Akhenatón fue ya un restaurador del culto nacional. La ciudad de Tebas volvió a ser la capital de Egipto, y Amón, después de este eclipse, brilló con renovada gloria y esplendor en los templos de Karnak y de Luxor.

Columnata del templo de Luxor, construida durante la XVIII dinastía, en tiempos del faraón Amenofis III.



Escena de caza, fresco de una tumba de Tebas (Museo Británico, Londres). Sobre una barca de cañas, un egipcio, acompañado de su esposa e hija, lanza el bumerang. Un gato domesticado le trae las aves abatidas.



La reacción religiosa, mejor dicho, teológica, consumada por el clero tebanos en favor de Amón fue mucho más extremada que la revolución que había iniciado Akhenatón al endiosar a Atón. Se creyó transigir asociando Amón a Harmakis, que era una advocación de Ra. El Ra de Heliópolis, universal, intelectual, activo por el símbolo geométrico y la palabra viva, se degradó hasta convertirlo en Harmakis, con cabeza de chacal, que es el animal del desierto árido, infecundo, azotado por el sol canicular y eterno. Para su identificación con Ra lleva el disco solar en la cabeza. Simultáneamente a la restauración de Amón como dios supremo con todo su poder en la tierra, se intensificó la piedad por Osiris, que había sido postergado con la devoción de las dinastías de Tebas. De Horus el Halcón se hizo un hijo de Osiris. Así la trinidad Amón, Harmakis y Osiris vino a suplantarse la antigua de Ptah, Ra y Osiris. Consecuencia de la rehabilitación de Osiris fue el prestigio aumentado de Isis y sus magias, que perduraron hasta la época romana. Isis se convirtió en la madre y nodriza del faraón.

Pero ni aun con Tutankhamón pareció el clero persuadirse de que la reforma estaba definitivamente ahogada, y para mayor seguridad entronizó una nueva dinastía. La transmisión del poder real se hizo con gran cautela, sin destronar a Tutankhamón. Un caudillo llamado Horemheb, que pertenecía

a ilustre familia, de general de los ejércitos pasó a ser el "grande de los grandes", y, por fin, príncipe heredero. El inauguró la XIX dinastía, que dio a Egipto otros grandes monarcas conquistadores. Con estos faraones militares los intereses de los sacerdotes estuvieron asegurados; a Akhenatón desde entonces se le llama el criminal Akhenatón y su nombre se borra de las listas de las dinastías reales.

Hay que reconocer, sin embargo, que si Egipto quería conservar su influencia en Asia, necesitaba faraones como los de la dinastía que inaugura Horemheb, quien restableció la disciplina y castigó con mano dura a los que no cumplían con su deber. Un funcionario corrompido pierde indefectiblemente su nariz. El soldado que roba una piel recibe cien latigazos. Exime a los jueces de pagar tributos, para que así no tengan que vender sus sentencias. Estas sanas y civilizadas reformas sustituyeron al culto idealístico del disco-dios, y aunque Horemheb ascendió hasta la Nubia y envió una expedición al Punt, sin embargo, el nuevo faraón era demasiado buen general para no demo-



Busto de Akhenatón, el faraón de la revolución religiosa (Museo del Louvre, París). Atento a la sustitución del culto de Amón por el de Atón, descuidó la política exterior y provocó el hundimiento del Imperio.

Escena de banquete representada en la pared de una tumba de Tebas (Museo Británico, Londres). Esclavas desnudas sirven a ricos personajes. Grandes pedazos de ungüento, colocados sobre la cabeza, se derriten y empanan los cabellos de los invitados.





Efigie en piedra calcárea de la reina Nefertiti, esposa de Akhenatón, una de las obras maestras de los talleres de Tell el-Amarna (Museo de Berlín).

rar la dura empresa de recobrar lo que se había perdido en el Asia.

Su sucesor, Ramsés I, empezó a preparar la reconquista de Siria y organizó las campañas de Sethi, su primogénito, a quien se asoció en el trono. Pero Sethi halló los pueblos de Asia muy cambiados desde los días de los faraones de la XVIII dinastía. Un formidable poder se había constituido en las montañas del Asia Menor: era el imperio de los hititas, o heteos, probablemente una confederación de tribus indoeuropeas. Los hititas, como han hecho siempre los arios o indoeuropeos, no sólo conquistaban como

Representación de Amón, el dios egipcio cuyo culto fue abolido temporalmente por Akhenatón (Museo del Louvre, París).



AKHENATON Y LA REVOLUCION RELIGIOSA

Amenofis IV (1372-1354), llamado posteriormente Akhenatón, es una de las más importantes personalidades del Imperio Nuevo egipcio, no por sus hazañas políticas, sino porque su intento, aunque efímero, de una renovación religiosa le coloca entre los grandes fundadores de nuevas creencias.

Reunía en sí los caracteres físicos y espirituales de varias razas: egipcia por su padre Amenofis III; semítica por su madre, una princesa fenicia, e indoeuropea por su abuela, de origen mitanni. Esta mezcla racial y la educación que desde un principio recibió habían de desembocar en una personalidad que podríamos llamar excéntrica si consideramos el ambiente general que le rodeaba. Efectivamente, desde niño fue educado en las ideas de la cosmogonía solar y siempre se sintió atraído por las especulaciones filosóficas. De todo ello surgió en él un ideal religioso que se apartaba totalmente de las tradicionales creencias del pueblo egipcio. Y cuando, muerto su padre, sube al trono a la edad de quince años, se nos muestra como un rey pacífico que deja de lado toda política externa militar, a pesar de la crisis que padecía el Imperio egipcio y que se dedica con ahínco a la implantación de esa nueva religión, de la que se considera su depositario en la tierra.

En realidad, aparentemente, la nueva religión no era del todo desconocida. Ya desde muy antiguo, en Heliópolis se rendía culto al dios Sol, bajo las denominaciones de Ra o Atón y representado como una figura humana, masculina, con cabeza de halcón. Este culto coexistió pacíficamente con otros muchos en un plano de igualdad. Pero durante la dinastía XVIII había adquirido una manifiesta preponderancia el dios Amón, reflejada en el poder religioso y político de sus sacerdotes.

Lo que se propone el rey es una depuración de ese mismo culto solar. Concibe a Ra como un espíritu puro y le despoja de todos los mitos que le rodeaban, en los que aparecía con figura de hombre. Este espíritu puro recibe la denominación de Atón y desde ese momento es representado como un disco rojo, del cual parten unos rayos que se prolongan hasta acabar en unas manos que llegan a tocar al rey y a la reina para transmitirles la vida y el poder.

La primera decisión que toma es la de nombrarse a sí mismo sumo sacerdote de Atón, despojando de su hegemonía al sacerdote de Amón, que hasta entonces había sido la personalidad política y religiosa más importante después del faraón. Esto da lugar a una crisis interna, que estalla violentamente al cuarto año de su reinado. Amenofis IV decide entonces romper de raíz con todo lo anterior a él: suprime los cultos de todos los dioses y manda destruir todas sus imágenes. Esta persecución se intensifica cuando de Amón y de sus sacerdotes se trata, por lo que algunos autores han querido ver en esta

reforma un intento de acabar con la supremacía de la clase sacerdotal y devolver al poder real su carácter absoluto, tanto en el terreno político como en el religioso. El rey abandona Tebas, la capital del Imperio, y construye una nueva ciudad llamada Akhetatón, que significa "Horizonte de Atón"; esta es la actual Tell-el-Amarna, 325 km al norte de Tebas. Él mismo cambia su nombre de Amenofis IV por el de Akhenatón, cuyo significado es "Servidor de Atón".

¿En qué consiste esta nueva doctrina solar? Entre los textos aparecidos en El-Amarna se conoce el "Himno al Sol", compuesto por el mismo rey, que resume los puntos más esenciales. Veamos, pues, los fragmentos más destacados y su significado:

"Único Dios, tú que no tienes igual, tú que has creado la Tierra según tu corazón, cuando estabas solo, los hombres, todos los animales domésticos y salvajes, todo lo que está sobre la tierra y marcha con sus pies, todo lo que está en el cielo y vuela con sus alas... Tú has colocado a todos los hombres en su lugar y tú provees a sus necesidades...". Se deduce de este fragmento que existe un solo Dios, anterior a todas las cosas. Los seres animados e inanimados son consecuencia de un acto de voluntad y amor de Dios. Pero además de este primer acto creativo existe un acto continuo de creación, consistente en mantener todo lo creado y en proveer a las necesidades de todos los seres vivientes. Por otra parte, como procedentes de Dios, todas las cosas que hay en el mundo y que acaecen al hombre son buenas. Esto da a la religión un carácter optimista; el hombre puede alcanzar la felicidad por medio del conocimiento del bien y la verdad.

En otro fragmento del himno se nos presenta esta religión con un carácter marcadamente universalista: "...Tú que has creado... los países extranjeros, la Siria y la Nubia, y la tierra de Egipto... sus lenguas hablan de modo distinto, como son distintos su piel y su aspecto, puesto que tú has diferenciado a los pueblos... Tú creas la vida de todos los pueblos alejados... Hay un Nilo en el cielo para los pueblos extranjeros...". Es la primera vez que Dios rebasa las fronteras de su imperio para extender su providencia sobre todos los demás pueblos.

Aquí se podría ver una segunda intención, política: el propósito de unir a los pueblos tan dispares que forman parte del Imperio mediante unos mismos ideales religiosos: "¡Tú surges hermoso sobre el horizonte del cielo, Atón vivo, comienzo de toda vida! Cuando surges sobre el horizonte del Este, llenas de tu belleza toda la tierra. Cuando te pones en el horizonte del Oeste, la tierra es oscuridad, a la manera de la muerte". Es decir, que la sucesión de los reinos del bien, presencia de Atón, y del mal, ausencia de Atón, origina la sucesión de los días y las noches.

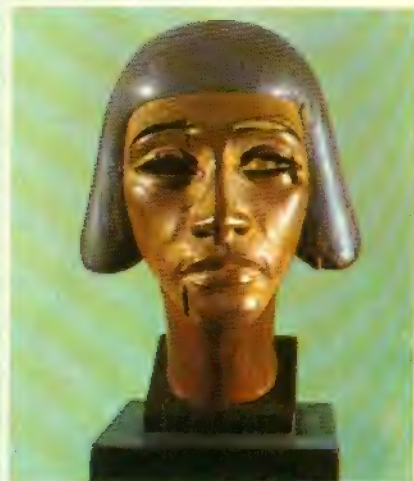
Si uno ama a Atón y obra en consecuencia, nunca caerá en las redes del mal.

Finalmente dice: "Tú (Atón) estás en mi corazón, pero no hay otro que te conozca sino tu hijo (Akhenatón)...". Akhenatón es el profeta de Atón, el depositario de su doctrina. Se considera a sí mismo como hijo del Dios; por tanto, como participante de su divinidad. Él es la encarnación de Dios sobre la tierra, el intermediario entre los hombres y la divinidad. Así, pues, el pueblo, en vez de dirigirse directamente a Atón, rinde culto diario a Akhenatón en su palacio. Por otra parte, el culto se populariza, ya no es exclusivo de unos cuantos sacerdotes, sino que interviene todo el pueblo; se sustituye el lenguaje literario por el utilizado en la vida diaria, que es el que conoce el pueblo. Hay que destacar que, frente a esta manifiesta superioridad del rey, todos los demás hombres son considerados por igual, sin influir riquezas ni títulos; únicamente la inteligencia puede establecer diferencias.

Las ideas de ultratumba no cambian en su esencia; continúa la idea de una supervivencia más allá de la muerte, pero apartándose de todas las creencias mitológicas.

Éstas son, a grandes rasgos, las características de la nueva religión. ¿Tuvo esta religión arraigo en el espíritu egipcio? Examinando la historia posterior, vemos que no. El intento de implantarla finalizó con la muerte de su fundador. Su sucesor Tutankhatón cambia su nombre por el de Tutankhamón, hace las paces con Amón y sus sacerdotes y regresa a Tebas. Realmente fue un tiempo muy corto para llevar a cabo una reforma de tal índole. La idea del politeísmo y el gusto por las complicadas mitologías estaban demasiado arraigados en el alma egipcia para que pudieran ser rápidamente desplazados por una religión tan espiritual que atacaba precisamente estas creencias, que habían sido el sustento espiritual del pueblo egipcio durante muchos siglos.

M. A. R.





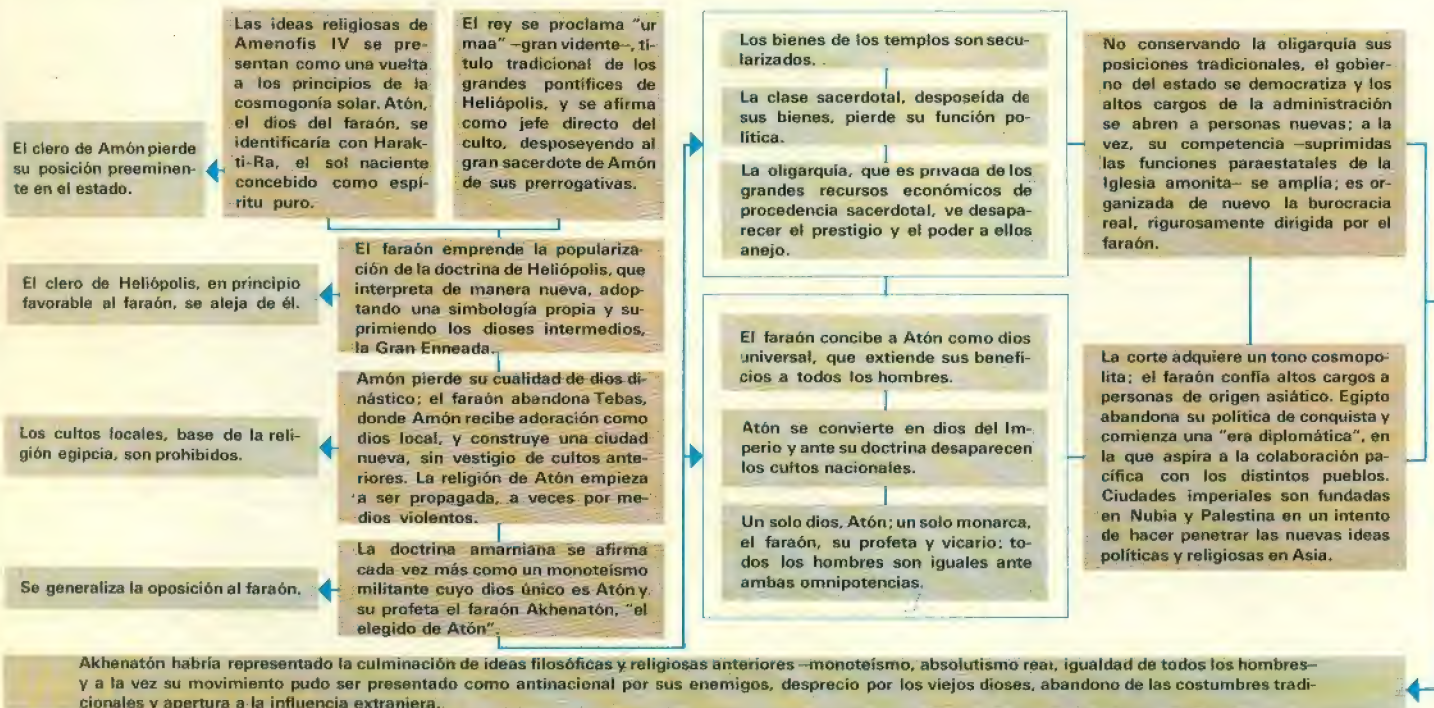
Pintura al fresco del faraón Tutankhamón, casado con una hija de Akhenatón y sucesor de éste.

Si bien los hechos de su reinado no tienen mucho que destacar, el portentoso descubrimiento de su tumba en 1922 lo ha convertido en el más conocido de los faraones.

los egipcios, sino que se establecían en el país y lo colonizaban con bandas de guerreros a las órdenes de un jefe. La Biblia nos los señala ya establecidos en Palestina; el área de la ciudad de Jerusalén pertenecía a los hititas antes de comprarla David con el firme propósito de erigir allí la capital de su reino.

Estos fueron los nuevos enemigos de Egipto, y Sethi I no pudo hacer más que mantenerse a la defensiva en los límites de Palestina. Fue su sucesor Ramsés II el que se lanzó a recobrar las tierras de "entre-ríos", o sea el valle del Eufrates. Después de reanudar la explotación de las minas de Nubia, Ramsés II marchó hacia el Norte para repetir las hazañas de Tutmosis III. Los hititas le dejaron avanzar sin resistencia hasta el río Orontes, en Siria, y allí le aguardaron detrás de los muros de la ciudad fortificada de Kadesh.

LAS IMPLICACIONES SOCIOPOLITICAS DE LA REFORMA AMARNIANA (según Pirenne)



Para despistar al invasor, enviaron dos espías disfrazados de emisarios, que engañaron a Ramsés, haciéndole creer que el enemigo se estaba retirando más allá de Alepo. Era a fines de abril de 1288 a. de J. C. El faraón había dividido su ejército en cuatro divisiones, Amón, Ra, Ptah y Sutek, y la primera, guiada por Ramsés en persona, marchaba a la vanguardia por la orilla izquierda del Orontes. Al llegar a la vista de Kadesh, otros dos escuchas prisioneros, después de haber sido duramente atormentados, confesaron que el enemigo estaba a pocos pasos de distancia, al otro lado del río. Ramsés II, que con su división se había adelantado bastante al grueso de su ejército, comprendió el peligro que corría de ser envuelto si los hititas atravesaban el Orontes. Despachó en seguida a su visir para que fuera en persona a acelerar el avance de las divisiones de retaguardia, mientras él proseguía animosamente su marcha adelante. Conocemos los detalles de la jornada de Kadesh porque en ella el joven faraón dio tales pruebas de valor, que sus hazañas se cantaron en un poema, llamado *Poema de Pentaur* (del nombre del poeta áulico que lo compuso), que se grabó varias veces en las paredes de los templos. Además, existen seis colecciones de relieves en que se representaron los incidentes de la batalla, de manera que no carecemos de información. Ramsés, con la división Amón, se adelantó hasta más allá de Kadesh. La división Ra le siguió a poca distancia. Allí fue envuelto por dos ejércitos hititas que cruzaron el Orontes. La división Ra se desbandó y la de Amón se sostuvo por el valor de Ramsés, que cargó varias veces contra los hititas.

La situación al mediodía era desesperada, pero los hititas, creyendo ganada la batalla, se lanzaron sobre el botín del faraón para repartírselo, y en medio de la confusión, Ramsés cargó furioso sobre ellos; se restableció el orden en la división Ra, que acudió al punto como refuerzo, mientras a lo lejos aparecía la Ptah y se decidía la jornada en favor de Egipto.

La campaña terminó con un tratado del que se han conservado dos copias, una en egipcio y otra en hitita. He aquí sus términos: 1.º Se recuerdan las antiguas alianzas entre los dos países. 2.º Se hace solemne declaración de paz. 3.º Compromiso mutuo de mantener las antiguas fronteras. 4.º Egipto pacta alianza con los hititas para mutuo auxilio en caso de agresión de un tercero. 5.º Extradición de refugiados políticos en ambos estados. 6.º Extradición de emigrantes. 7.º Los dioses de ambos países son testigos del tratado. 8.º Maldición al que lo violare primero. 9.º Bendición a los que lo obser-

Estatua del dios Amón protegiendo a Tutankhamón, durante cuyo reinado llegó a su fin el ensayo de reforma religiosa y el culto a Amón sustituyó al de Atón (Museo del Louvre, París).





Respaldo de un trono real, encontrado por Howard Carter en la tumba de Tutankhamón, que representa al faraón en el acto de ser ungido por la reina con óleo perfumado (Museo de El Cairo).



El faraón Sethi I, de la XIX dinastía, en compañía de la diosa Athor (Museo del Louvre, París). Durante su reinado, Egipto afianzó la dominación y detuvo el empuje de los hititas, con quienes firmó la paz.

varen. 10.º Promesa mutua de no tomar venganza en las personas cuya extradición se ha convenido.

Este fue el resultado de la batalla de Kadesh. Sin humillaciones, y aun con gloria, recobró Ramsés II lo que había conquistado Tutmosis III, pero no hizo avanzar ni un paso la frontera de Egipto. Trece años más tarde, en 1259 a. de J. C., el rey hitita fue a visitar a su aliado, en Egipto, para efectuar el casamiento de su hija mayor con Ramsés. Libre de cuidados exteriores, Ramsés II construye templos y levanta estatuas gigantescas para perpetuar la fama de su nombre.

Los sucesores de Ramsés II ya no pudieron extender sus conquistas e influencia política. Tuvieron que defenderse de agresiones y con grandes peligros mantener la independencia. Egipto tenía fama de ser un país rico y los vecinos, hasta los lejanos, ambicionaban los tesoros allí acumulados en siglos de paz y guerras. Dos veces se formaron coaliciones de "bárbaros" para invadir el valle del Nilo, y en ambas los faraones de la XIX y la XX dinastías tuvieron que movilizar grandes ejércitos y armadas para detenerlos en la frontera de Libia y en el istmo. La primera coalición fue de "pueblos del mar", esto es, de los habitantes de las islas del Mediterráneo, Sicilia y Cerdeña, que habían constituido un pueblo de piratas, con los libios africanos, quienes, sometidos nominalmente a los faraones en un principio, fueron adquiriendo poco a poco mayor agresividad. Sólo pudo detenerse con grandísimas pérdidas, y, en especial para combatir a los piratas, las gentes del delta tuvieron que crear una marina de guerra. La segunda coalición fue la de los filisteos o cretenses, establecidos en Palestina, con los reyezuelos de Siria. Atacaron dos veces en tres años y para detenerlos se tuvo que recurrir no sólo a los hombres, sino también a los dioses. La victoria se atribuyó al socorro de Amón, el dios de Tebas, y el sacerdote lo aprovechó para obtener nuevas concesiones y donativos.

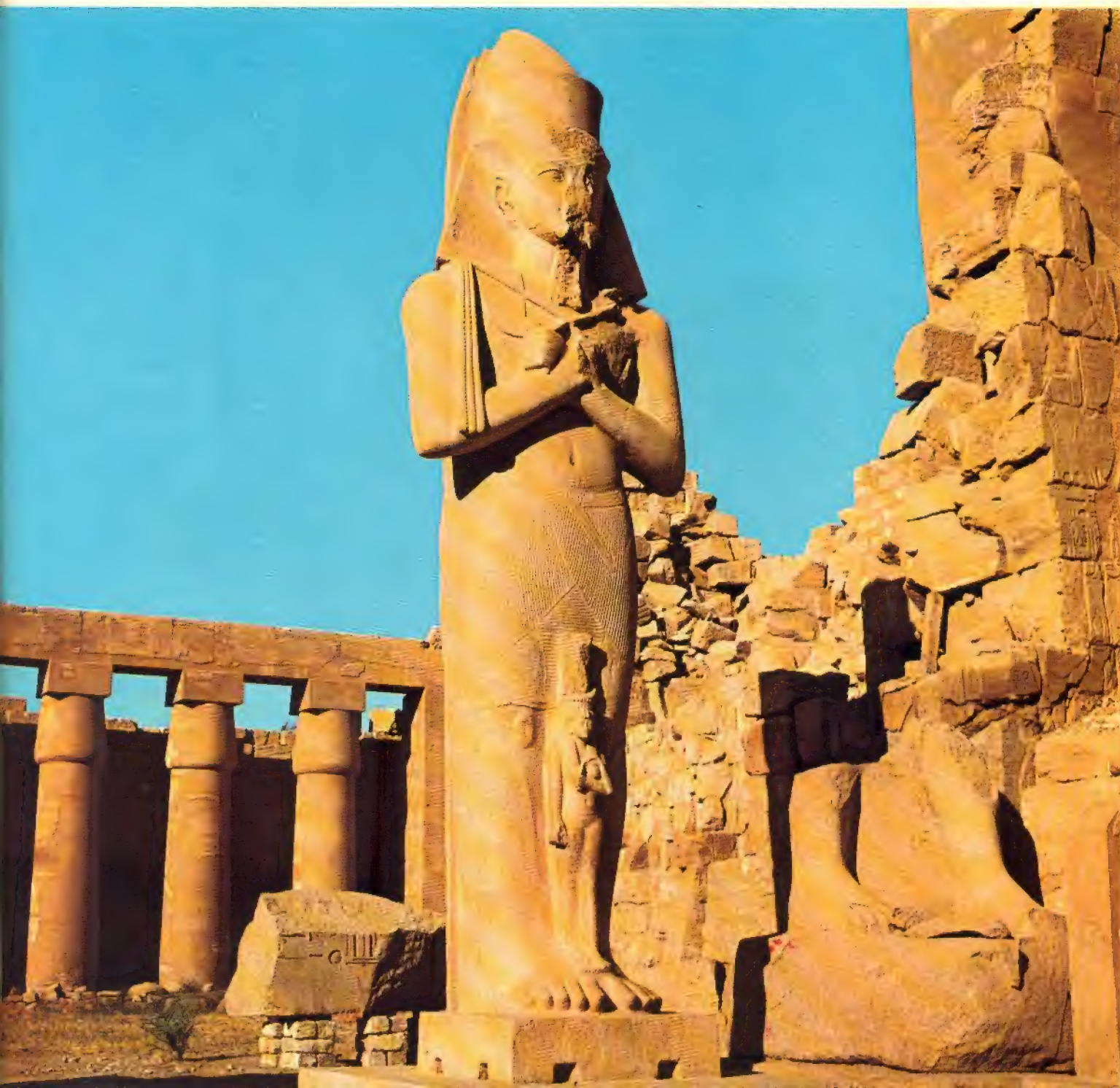
Al fin de la XX dinastía, la influencia del templo de Amón y sus sacerdotes se hizo predominante hasta el punto de que el sumo sacerdote tebano se erigió en faraón sin cortapisas. Una sombra de monarca faraónico fue relegada a una ciudad del istmo, pero la política local e internacional se dirigía desde el templo de Amón. Se ha comparado su influencia con la de otras metrópolis sacerdotales; algo parecido ocurrió en Bagdad cuando los califas son jefes del Islam, "que reinan, pero no gobiernan". La fuerza del clero tebano dependía no sólo del prestigio de Amón, con sus auxilios espirituales y sus oráculos, sino más todavía de sus riquezas.

Los templos no pagaban impuestos y además recibían regalos de tierras: el papiro Harris, de varios metros de largo, nos informa de las propiedades de Amón. Todo el Egipto le pertenecía.

Pero este bosquejo de Egipto durante las dinastías de los faraones guerreros y de los inactivos no sería completo si no diéramos además una idea de la vida ordinaria de sus súbditos. Claro está que siendo el faraón la encarnación de un dios, la prosperidad de Egipto dependía de su salud y por él rogaba diariamente todo el pueblo. El rey, en teoría, debía gobernar personalmente, pero, en la práctica, las comunidades religiosas

de los templos gozaban de tal influencia, que eran los sumos sacerdotes, los que de hecho gobernaban en Egipto. Ellos veían al dios y éste les comunicaba oráculos e instrucciones para su hijo el faraón. Los sacerdotes egipcios dieron prueba en muchos casos de gran habilidad y refinada cultura; los textos religiosos de Egipto son buena prueba de su elevación moral. Practicaban el ascetismo y se preparaban para los actos del culto con el ayuno, la castidad y la oración, lavándose el cuerpo con aguas perfumadas. El gran sacerdote de Menfis era llamado el Sumo Artesano y el de Heliópolis era el Gran Vidente. Además de estos altos dignatarios

El faraón Ramsés II con la reina Nefertari, su esposa, a sus pies, a la entrada del templo de Luxor.



EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DEL FARAON TUTANKHAMON

- 1892 Howard Carter empieza a trabajar, con Percy Newbeny como dibujante, en Beni-Hasan y el-Bershe.
- 1902 Lord Carnarvon en Egipto.
- 1903 Theodore Davis empieza sus trabajos en el Valle de los Reyes. Howard Carter trabaja en contacto con Maspero.
- 1906 Theodore Davis halla en el Valle de los Reyes objetos relacionados con Tutankhamón. Lord Carnarvon pide autorización para excavar en Tebas occidental.
- 1907 Lord Carnarvon y Carter empiezan a trabajar juntos.
- 1908 Davis investiga la tumba de Horemheb. Abandona el Valle de los Reyes creyéndolo agotado. Carter dirige las investigaciones financiadas por lord Carnarvon en Tebas occidental. Hallazgo de la "tableta Carnarvon".
- 1912 Publicación de los primeros resultados: "Five Years' Explorations at Thebes".
- 1921 Prospecciones sistemáticas de Carter en el Valle de los Reyes.
- 1922 (4-XI) Carter descubre por casualidad el acceso a una tumba debajo de la entrada del hipogeo de Ramsés VI, faraón de la XX dinastía que reinó al final del segundo milenio a. de J.C.
(6-XI) Carter anuncia a lord Carnarvon el descubrimiento de la entrada de la tumba de Tutankhamón.
(20-XI) Lord Carnarvon llega a Egipto.
(29-XI) Lord Carnarvon y Carter sacan el primer ladrillo del muro que cierra la entrada de la tumba de Tutankhamón. Apertura de la primera sala de la tumba, llena de objetos rituales.
- 1923 (17-II) Demolición del muro que separa la antecámara de la cámara funeraria, guardada por dos estatuas.
(5-IV) Muerte de lord Carnarvon.
(10-X) Apertura del primer sarcófago.
- 1928 Final de los trabajos en la tumba de Tutankhamón.

Busto de Ramsés II, hijo y sucesor de Sethi I (Museo Británico, Londres). Este faraón destacó por su política exterior, con la victoria de Kadesh, y la magnitud de sus edificaciones, que se conservan en gran cantidad.



había una multitud de categorías inferiores: los divinos padres, los sacerdotes de la hora, siervos de los dioses, cantores, escribas, amanuenses, etc. Al margen de estos cultos superiores, el pueblo entero creía en magias, brujerías y encantamientos. Los amuletos son abundantísimos en las tumbas; las oraciones para librarse de las serpientes venenosas, innumerables. Se conservan las actas de un famoso proceso por las que sabemos que se descubrió una conspiración para embrujar a Ramsés III con retratos suyos de cera. Las tumbas proporcionan infinidad de estatuillas de madera que, si por algún tiempo acompañaron al muerto en su segunda vida, ahora nos auxilian a nosotros para enterarnos de las faenas diarias de los siervos y campesinos. Incluso hay en las tumbas modelos en miniatura de las casas, barcas, establos, mataderos, etc.

Los egipcios iban vestidos casi exclusivamente de tejidos de hilo, porque la lana era considerada impura. El vestido era un trozo de lienzo sujeto a la cintura, pero en las fiestas y ceremonias usaban una especie de túnica de mangas cortas y espléndidas joyas. Por lo general, los egipcios llevaban la cabeza y la cara afeitadas, pero en ocasiones se ponían una barba postiza proyectada hacia fuera; ésta era una forma de barba tradicional del país del Punt, lugar de origen de los primeros "servidores de Horus".

Las casas estaban generalmente construidas de barro, con techo de palmas y barro. En el interior sólo había dos o tres habitaciones, pero al lado de la casa una escalera conducía al tejado, donde dormía la familia en las noches calurosas. Todo el afán de los egipcios se concentraba en su familia, sus esposas y sus hijos. Aunque algunos se casaban con varias mujeres, sólo una de ellas gobernaba la familia y era llamada *nebt-per*, señora de la casa. El nacimiento de los hijos era motivo de regocijo y se les daban nombres que revelaban un cariño ingenuo y maternal. Estos nombres siguen la moda de la época y por ellos se puede conjeturar la edad de una tumba o una estatua. Otros sólo quieren decir: el fuerte, el dulce, el gatito. Las madres de alto rango confiaban el niño a la nodriza, que inmediatamente pasaba a ser, por ello, un miembro más de la fa-



Pectoral de Ramsés II, encontrado en el Serapeum de Menfis (Museo del Louvre, París).



Ramsés II entre el dios Amón y la diosa Mur (Museo Egipcio, Turín).



Bajo relieve sobre cuerpo piramidal que representa a un funcionario adorando al Sol en la aurora y en el crepúsculo (Museo Egipcio, de Turín).

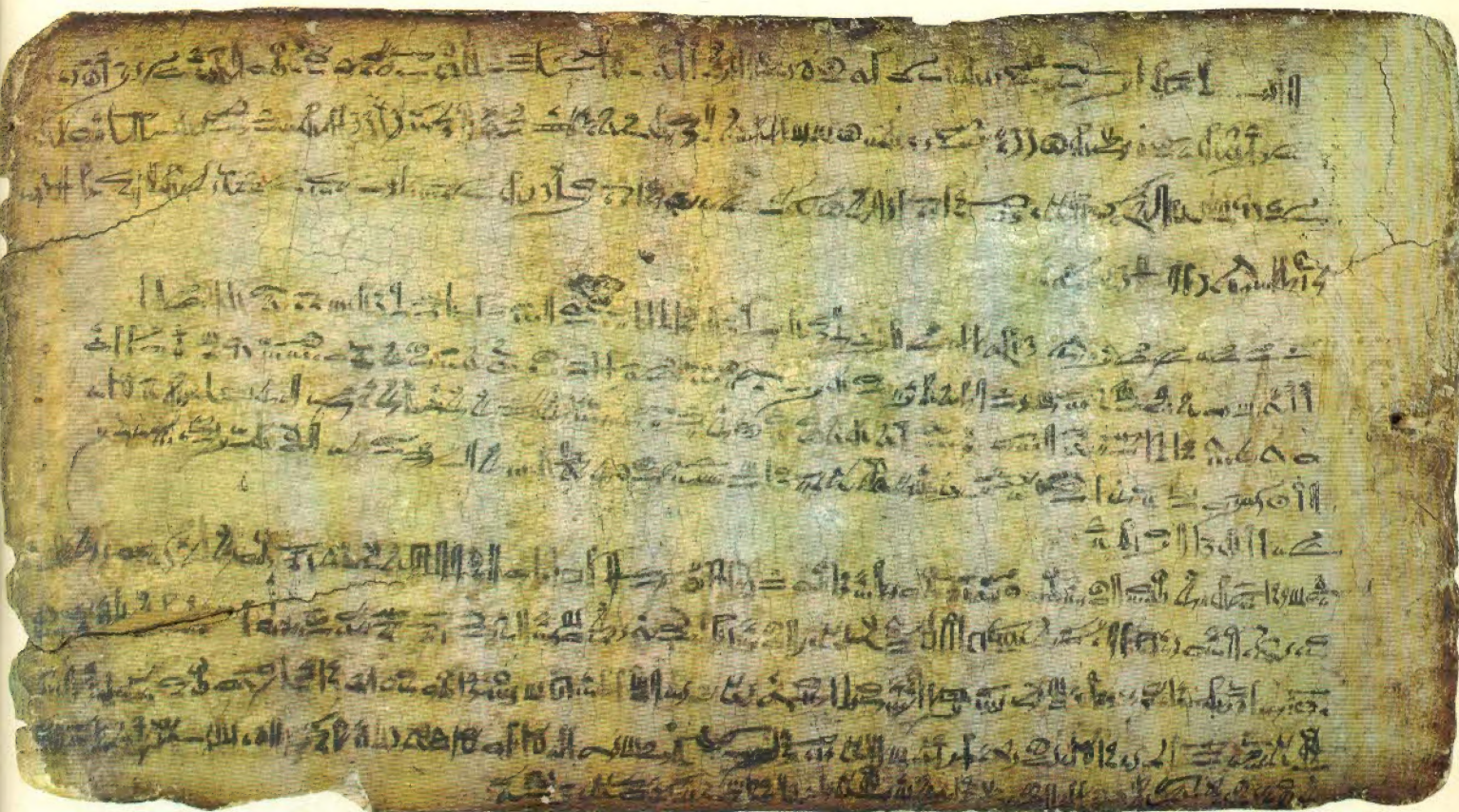
milia. En los esfuerzos que hace para legitimar su usurpación, un faraón se asegura en el trono casándose con la nodriza del faraón anterior.

Hasta los animales parecen haber recibido un trato cariñoso: algunos fueron embalsamados y sus momias encerradas en cajas magníficas.

Todo esto revela que los egipcios eran, a pesar de sus supersticiones, una raza dotada de natural bondad. No encontramos en ellos ni en su historia los rasgos de crueldad que son característicos de los pueblos de Asia. Pero éstas son cualidades negativas. Lo que importa es saber, en definitiva, qué debe la humanidad a Egipto. Su arte, sus construcciones gigantescas, tanto las de las primeras dinastías, en forma de pirámide, como más tarde las de los grandes templos de las dinastías tebanas, fueron y son un estímulo a proyectar en grande y edificar sin vacilación grandes santuarios con columnas. La visión y el recuerdo de aquellas construcciones del valle del Nilo inspiró a los arquitectos romanos y ellos nos inspiraron a nosotros. Aunque la forma de nuestras obras monumentales no conserve trazo del



El Ramesseum, templo funerario mandado construir por Ramsés II en honor de Amón cerca de los colosos de Memnón. La destrucción de los muros exteriores le da el falso aspecto de un pórtico que rodea una plaza central.



Fragmento de un papiro de la XIX dinastía que contiene algunas admoniciones de un sabio egipcio (Museo Británico, Londres).



estilo egipcio y nos valgamos con preferencia de los órdenes griegos, la proporción y magnitud de nuestras actuales construcciones oficiales no son helénicas. Mantenemos el ímpetu faraónico.

En escultura, los griegos reconocían que habían aprendido de los egipcios y las primeras estatuas masculinas del arte griego arcaico imitan los retratos funerarios egipcios, con el gesto de los brazos y avance del pie izquierdo, el del buen agüero en el valle del Nilo.

No se puede discernir perfectamente lo que debe la humanidad al pensamiento egipcio, pero no hay duda que mucho de lo que enseñaron los filósofos presocráticos lo recibieron —acaso mal comprendido, pero intensamente creído— de los santuarios de On y de Menfis. Por último, la magia, la fe en la vida intensificada o renovada con conjuros, son enteramente una herencia del culto de Isis. ¡Pobre herencia para muchos! Pero eficaz para algunos todavía en nuestros tiempos. La humanidad avanza hasta con errores.

Relieve procedente de las excavaciones del templo de Bubastis, que representa al faraón Osorkón II, de la XXII dinastía, con su esposa.

BIBLIOGRAFIA

| | |
|--------------------------|--|
| Breasted, A. | <i>A history of Egypt</i> , Londres, 1924. |
| Daumas, F. | <i>La civilisation de l'Égypte pharaonique</i> , París, 1965. |
| Desroches-Noblecourt, C. | <i>El arte egipcio</i> , Barcelona, 1967. – <i>El Antiguo Egipto, nuevo Imperio y período Amarna</i> , Barcelona, 1960. |
| Emery, W. B. | <i>Egypt in Nubia</i> , Londres, 1965. |
| Hayes, W. | <i>The middle Kingdom in Egypt</i> , en "Cambridge Ancient History", Cambridge, 1965. |
| Lange, K. | <i>Pirámides, esfinges y faraones</i> , Barcelona, 1960. |
| Manship, J. y E. | <i>El Egipto Antiguo</i> , Madrid, 1954. |
| Montet, P. | <i>La vida cotidiana en el Antiguo Egipto</i> , Barcelona, 1961. |
| Petrie, F. | <i>A history of Egypt. During the xviii and xixth dynasties</i> , Londres, 1924. – <i>A history of Egypt (from the xixth to the xxxth dynasties)</i> , Londres, 1925. |
| Pirenne, J. | <i>Historia de la civilización del Antiguo Egipto</i> , Barcelona, 1963. |
| Vercoutter, J. | <i>El Antiguo Egipto</i> , Barcelona, 1953. |
| Weigall, A. | <i>The life and times of Akhnaton, pharaon of Egypt</i> , Londres, 1923. |
| Wilson, J. L. | <i>La cultura egipcia</i> , México, 1964. |



Estatua de bronce de la reina Karomama, esposa de Takelot II, faraón de la XXIII dinastía (Museo del Louvre, París).